

Teleny

Por

Oscar Wilde

Freeditorial 

Capítulo I

Cuénteme su historia desde el comienzo, Des Grieux, y dígame cómo llegó a conocerlo.

–Fue en Queen’s Hall, durante un concierto de caridad en que él actuaba; pues, aunque considero a los artistas amateurs como una de las numerosas plagas de nuestra moderna civilización, siendo mi madre una de las organizadoras del acto, me creí con la obligación de asistir.

–Pero no se trataba de un simple aficionado.

–No, ciertamente; por esta época empezaba a hacerse ya un cierto nombre. Se hallaba ya sentado al piano cuando yo ocupé mi asiento en mi palco de orquesta.

Tocó primeramente una de mis gavotas preferidas, una de esas ligeras y graciosas melodías que parecen impregnadas de un perfume de lavanda ambarina y que recuerdan a Lulli, A Watteau y a esas bellas marquesas empolvadas, cubiertas de satén, que nerviosamente juegan con su abanico.

Al dar fin a su pieza, paseó varias veces su mirada por el lado de las damas organizadoras, y en el momento de ir a levantarse mi madre, que se hallaba sentada detrás de mí, me tocó el hombro para hacer una de esas inútiles e intempestivas observaciones con que a menudo suelen importunarnos las mujeres, de modo que cuando al fin pude volverme de nuevo para aplaudir, él había desaparecido.

–¿Y qué ocurrió?

–Déjeme recordar... Hubo luego una serie de cantos, creo.

–¿Y él ya no actuó más?

–¡Oh sí! Volvió a mitad del concierto, y mientras saludaba antes de sentarse, sus ojos parecían buscar a alguien por entre las jardineras, fue entonces cuando nuestras miradas se encontraron por primera vez.

–¿Qué tipo de hombre era?

–Era un muchacho de veinticuatro años, de talle esbelto, cabellos cortados a lo Bressan, de un extraño color rubio-ceniza, matiz éste debido, como más tarde pude saber, a un ligera capa de polvo, y que contrastaba de manera singular con el negro de sus pestañas y de su fino bigote. Su tez tenía esa blancura mate propia de los jóvenes artistas. Sus ojos, que a primera vista parecían negros, eran en realidad de un color azul sombrío y, aunque en general parecían tranquilos, cualquier profundo observador hubiera notado en

ellos a veces una espantosa fijeza, como si se hallaran capturados por alguna lejana y terrible visión, para dar de inmediato lugar a una expresión de terrible hastío.

–Pero ¿por qué esa tristeza?

–Cuando yo le hice esta misma pregunta, él alzó primeramente los hombros respondió riendo: «¿Nunca ha visto usted fantasmas?» Luego, cuando hubimos alcanzado un mayor grado de intimidad, me respondió: «¡Mi destino! ¡Qué horrible destino el mío!» Pero, reponiéndose de inmediato y frunciendo las cejas, añadió: «Non ci pensian».

–Un carácter sombrío y reconcentrado, sin duda.

–En absoluto. Sólo muy supersticioso, como lo son todos los artistas, según yo creo.

–¿Tenía él es su mirada algún poder magnético?

–En lo que a mí concierne, ciertamente sí. Pero sus ojos no eran lo que podrían llamarse unos ojos hipnóticos: eran mucho más soñadores que penetrantes, pero con un poder de penetración tal, no obstante, que la primera vez que nuestras miradas se encontraron, los sentí hundirse hasta el fondo de mi corazón; y aunque su expresión no era excesivamente sensual, cada vez que él fijaba sus ojos en los míos, yo sentía hervir la sangre en mis venas.

–He oído muchas veces decir que era admirablemente hermoso. ¿Es esto cierto? No habiendo podido verlo sino una vez...

–Sin ser de una belleza asombrosa, tenía un rostro muy agradable. Su manera de vestir, aunque de una corrección impecable, daba muestras de una cierta excentricidad. Aquella tarde, por ejemplo, llevaba en el ojal una ramita de heliotropo blanco, a pesar de ser la moda entonces las camelias y las gardenias. Sus maneras eran las de un perfecto gentleman, pero en escena, como ocurre con los extranjeros, exhibía una cierta rigidez.

–¿Y después de haberse cruzado sus miradas?

–Se sentó y comenzó a interpretar su partitura. Yo consulté el programa. Era una rapsodia húngara, obra de uno de esos compositores desconocidos, cuyo nombre puede descoyuntarle a uno la mandíbula; el efecto, sin embargo, era fascinante. En realidad, no hay música en el mundo tan excitante como la de los tziganos. Ésta, por ejemplo, partiendo de una nota menor.

–¡Oh, por favor! Puede usted evitar los tecnicismos, sabe que no soy capaz de distinguir un mi de un sol.

–No importa, si alguna vez ha escuchado usted una tsardas, habrá notado sin duda alguna que la música húngara, a pesar de abundar en excelentes

efectos rítmicos, se aparta de nuestras reglas armónicas y choca con nuestros oídos. Pero, estas melodías que al principio nos resultan chocantes, poco a poco van subyugándonos, hasta terminar por fascinarnos. Las magníficas florituras, por ejemplo, tan abundantes en ellas, tienen un carácter árabe tan lascivo...

–Dejémonos, por favor, de florituras y sigamos con su historia.

–Se trata precisamente de un elemento importante, ya que es imposible separar a mi personaje de la música de su país; más aún: para comprenderlo, antes es preciso sentir el encanto que desprenden los cantos tziganos. Cualquier organización nerviosa que haya sido impresionada alguna vez por una tsardas, responderá siempre con voluptuosos respingos a estas notas mágicas.

Estas melodías empiezan generalmente con un andante suave y bajo, algo que recuerda al sentimiento de una esperanza perdida; luego, cambiando de ritmo, y cruzando con toda celeridad, se entrecortan con algo parecido a los sollozos de los amantes que se dicen adiós y, sin perder un átomo de dulzura, antes bien, ganando cada vez más en vigor y solemnidad, alcanzan en un prestissimo entrecortado de suspiros el paroxismo de una pasión misteriosa que, primeramente, fenece en un canto fúnebre, para estallar pronto en una antiana ardiente y guerrera.

Él, en persona, representaba en belleza y carácter esta música extasiante. Al escucharlo, yo me sentía hechizado; sin embargo, sería incapaz de decir si mi encantamiento provenía de la composición, de la ejecución o del artista como tal. En aquel mismo momento, empezaron a surgir delante de mí los más extraños cuadros. Primeramente, la Alhambra en toda la magnificencia de su arquitectura morisca, maravillosa sinfonía de piedras y ladrillos, tan similar a los arabescos de estas extrañas melodías de Bohemia. Poco a poco, un fuego devorador fue encendiéndose en mi pecho. Una lubricidad irresistible se iba apoderando de mí, y empezaba a sentir las mordeduras de un amor indomable y criminal. Empezaba a abrasarme con la lujuria ardiente de los hombres que viven en los climas tórridos; tenía sed de voluptuosidad, y hubiera querido apurar hasta la última gota aquella copa de filtro afrodisíaco.

Pero, de pronto, la visión cambió. No era ya España, sino una tierra árida y desnuda; las arenas ardientes de Egipto, entre las cuales transcurre lentamente el agua del Nilo, allí donde el emperador Adriano, inconsolable, lloraba al amante tan ardientemente amado y para siempre jamás perdido. Sacudido por la música embriagadora, comenzaba a comprender lo que hasta entonces me había parecido tan extraño: la pasión del poderoso monarca por el bello esclavo griego, por aquel Antinoos que murió por amor de su amo.

La sangre me aflucía del corazón a la cabeza, y corría por mis venas como

una colada de plomo fundido.

Nuevo cambio de decorado. Nos encontramos en las suntuosas mansiones de Sodoma y Gomorra, soberbias, graciosas, feéricas... mientras la notas del pianista susurraban en mi oídos, con un sofoco de ardiente concupiscencia, el atronar de una cascada de besos.

Fue en este momento de mi visión cuando el artista se volvió hacia mí y me lanzó un larga y lánguida mirada, que de nuevo se cruzó con la mía. ¿Era el mismo, Antinoo, o bien uno de los ángeles enviados a Lot por el Eterno? El encanto irresistible de su belleza era tal, que yo quedé fascinado, mientras la música parecía cantar en mi oídos:

Aspira su mirada como el vino, Mientras que su esplendor se funde
Lánguido en medio del silencio,

Como un acorde dentro de un acorde...

Con esto mi deseo aumentó de intensidad, y la necesidad de satisfacerlo se convirtió para mí en verdadero sufrimiento, mientras el fuego encendido en mí pasaba a ser una llama devoradora que me abrasaba; mi cuerpo entero quedó arrasado por una llamarada erótica. Sentía los labios secos, la respiración jadeante, los miembros rígidos, las venas hinchadas y, sin embargo, me mantenía tan impasible como todos los que me rodeaban. De pronto, me pareció sentir que una mano invisible se deslizaba por mis rodillas; algo en mi cuerpo fue tocado, cogido, estrechado, y una voluptuosidad indescriptible embargó de pronto todo mi ser. La mano subía y bajaba, lentamente al principio, luego cada vez más deprisa, siguiendo el ritmo del canto. El vértigo se apoderó de mi cerebro, una lava ardiente corrió de pronto por mis venas, y sentí saltar algunas gotas... mientras todo yo temblaba.

Con una nota sobreaguda, el artista dio fin a su actuación, en medio de los aplausos de la sala. Yo sólo pude sentir como un tronido de relámpagos, al tiempo que en medio de una furiosa vorágine, una lluvia de rubíes y de esmeraldas empezaba a derramarse sobre las Ciudades de la llanura: él, el pianista, se hallaba desnudo, lívido, en medio, desafiando a los rayos del Cielo y las llamas del Infierno. De repente, en medio de mi visión insensata, lo vi tomar las formas de Anubis, el dios egipcio de cabeza de chacal, para poco a poco ir transformándose en un repugnante cuadrúpedo. Semejante visión me sobresaltó y me eché a temblar, presa de la náusea, mientras él, de manera igualmente brusca, volvía a recobrar su verdadera figura.

Incapacitado para aplaudir en tales condiciones, me dejé caer en mi asiento, mudo, inmóvil, tembloroso, aniquilado, con los ojos fijos en la figura del artista, quien, de pie en medio del escenario, respondía a las aclamaciones del público con saludos distraídos, casi desdeñosos, pareciendo buscar de tanto

en tanto, con las miradas cargadas de una ardiente ternura, mis propios ojos, los míos sólo. ¿Cómo podría describirle mi alegría? ¿Era posible que entre toda aquella multitud me hubiera escogido a mí solo, que me amara?

Esta alegría pronto dejó paso a la amargura de los celos. Me preguntaba si no me habría vuelto tal vez loco.

Lo miré una vez más; una profunda melancolía ensombrecía su rostro, y fue en aquel momento cuando descubrí, de manera clara y distinta, algo horrible: un pequeño puñal clavado en su pecho; de la herida veía manar la sangre pecho abajo, y me eché a temblar y a gritar, hasta tal punto me parecía real mi visión. La cabeza me daba vueltas, me sentía desfallecer, y tuve que apoyarme en el respaldo de mi asiento, cubriéndome los ojos con la mano.

—¡Extraña alucinación, en efecto! ¿Cuál pudo ser su causa?

—Era más que una alucinación, como a continuación podrás juzgar. Cuando volví a levantar la cabeza, ya se había ido. Giré la cabeza y me encontré con el rostro de mi madre que, al ver mi palidez, me preguntó si estaba enfermo. Yo, evadiéndome, le respondí que aquel calor me resultaba insoportable.

—Vete al vestíbulo, me dijo, y podrás tomar un vaso con agua.

—No, prefiero volverme a casa.

Después de lo ocurrido, me resultaba imposible seguir oyendo música aquella tarde. En el estado de nerviosismo en que me encontraba, cualquier sonido vulgar me hubiera llevado a la exasperación, y una melancolía briosa hubiera podido producirme un síncope.

Al ir a levantarme, me noté tan débil, que me parecía caminar en sueños; sin apenas darme cuenta, me dejé llevar maquinalmente por la marcha de otras personas, que me condujeron hasta el vestíbulo. Éste se hallaba casi vacío. Al fondo un grupo de elegantes rodeaba a un joven vestido con frac, del que no pude ver más que la espalda. Entre el grupo, pude distinguir a Bryancourt.

—¿El hijo del general?

—El mismo.

—Me acuerdo de él. Pretendía siempre llamar la atención con su forma de vestir.

—Así es. Aquel día, por ejemplo, destacaba sobre los demás componentes del grupo, vestidos todos ellos de negro, luciendo un terno de franela blanca, con su habitual cuello a lo Byron, muy abierto, y una corbata Lavalliére roja, de enorme nudo.

—Para mostrar su hermoso cuello y su garganta.

–Sí, es un hermoso muchacho, al que siempre he intentado evitar. Tenía una peculiar manera de mirar, que acababa haciéndote sentir incómodo. Hay hombres que, al mirar a las mujeres, parecen querer desnudarlas. Bryancourt mostraba esta indecente manera de mirar con todo el mundo. De manera instintiva yo notaba cómo sus ojos me registraban por todas partes, aumentando aún más mi timidez.

–¿Pero no tenía usted ninguna relación con él?

–Sí, habíamos estado en el mismo colegio, pero siendo yo tres años más joven que él, acudía a una clase inferior. Para ser breves, aquella tarde, al avistarlo, iniciaba ya la maniobra para retirarme, cuando en aquel mismo momento el individuo del frac se dio la vuelta.

Era el pianista.

Una vez más, nuestras miradas volvieron a cruzarse, experimentando yo en aquel mismo momento una sensación extraña, una especie de fascinación que me dejó petrificado. Como hipnotizado, en lugar de abandonar el salón, y contra mi voluntad, empecé a acercarme al grupo.

El músico, sin mostrar en ello afectación alguna, mantuvo los ojos sin apartarlos de los míos. Yo me sentí temblar de la cabeza a los pies. Parecía querer atraerme lentamente hacia él. Y la sensación, debo confesarlo, era tan agradable que me abandoné sin resistencia.

Bryancourt, que aún no me había visto, se giró, y al reconocermelo, me dirigió, como era su costumbre, un leve saludo protector. En los ojos del pianista brilló por un momento una chispa al acercarse al oído de Bryancourt y decirle algo, a continuación de lo cual el hijo del general, por toda respuesta, vino hacia mí, y tomándome de la mano, dijo:

–Camille, permítame presentarle a mi amigo René: M. René Teleny, M. Camille Des Grieux.

Ruborizado, respondí al saludo. El pianista me tendió su mano sin guantes. En mi estado de nervios, yo había también retirado los míos. Puse pues mi mano desnuda en la suya... Era una mano perfecta para ser de hombre, más bien grande que pequeña, firme y suave, con unos dedos largos y afilados, que oprimía a la vez con vigor y sin choque.

¿Quién no ha experimentado las diversas sensaciones que produce el contacto con una mano? La mano es índice del temperamento. Algunas son en pleno invierno cálidas y ardientes, otras frías y hasta heladas en plena canícula. Las hay secas y apergaminadas, y otras húmedas y viscosas. Las hay carnosas, esponjosas, musculadas, delgadas, huesudas y descarnadas. La presión de unas es fuerte como un torno, la de otras, blanda como una cifra.

Hay manos que son productos artificiales de nuestra civilización moderna, que presentan deformidades similares a las de los pies de las damas chinas, manos continuamente aprisionadas por los guantes durante el día, y a menudo envueltas en cataplasmas durante la noche o al recibir los cuidados de la manicura; manos tan blancas como la nieve, cuando no castas como el mismo hielo? La manecita ociosa que evita el contacto rugoso de la mano morena y manchada del obrero, a la que el duro trabajo ha transformado en callo uniforme! Hay manos discretas, y manos que palpan con toda indecencia; manos cuyo apretón hipócrita expresa las reservas de quien las estrecha; manos aterciopeladas, untuosas, clericales y lánguidas, de un lado está la palma abierta del pródigo, de otra la garra encorvada del usurero. Hay, por fin, la mano magnética, que parece tener una secreta afinidad con la propia, y cuyo solo contacto basta para quebrantar nuestro sistema= nervioso y llenarnos de goce.

¿Cómo expresar mis propias sensaciones bajo la presión de la de Teleny? Su mano prendió en mí toda una hoguera, y, cosa extraña, al mismo tiempo yo experimentaba el dulce frescor del beso de una mujer. Desde mi mano consiguió deslizarse por todo mi ser, acarició mis labios, mi garganta, mi pecho; mis nervios tremolaban cargados de deleite; este temblor descendía por mis muslos, hasta alcanzar a Priapo que, sacado del sueño, levantó la cabeza. Esta mano tomaba posesión de mí todo y yo me sentía dichoso de pertenecerle.

Hubiera deseado decir a este encantador algo amable para agradecerle el placer que su actuación me había procurado; ¿pero qué vulgar alabanza podía servir para expresar mi admiración?

–Señores –les dijo–, temo estar privándoles de su música.

Yo hice notar que precisamente estaba a punto de marcharme.

–El concierto le aburre. ¿No es así?

–Muy al contrario, pero después de haberle oído a usted, no podría soportar oír a otros artistas. Él pareció halagado, y sonrió.

–Verdaderamente, René, esta vez se ha usted superado –dijo Bryancourt–. Jamás le he oído tocar con tanto brío.

–¿Sabe usted por qué?

–No, a no ser por tener la sala hasta los topes.

–¡No por Dios! Simplemente es que, mientras me hallaba al piano, pude sentir claramente que alguien me escuchaba.

–¡Oh!, «alguien» –exclamaron riendo a coro los jóvenes elegantes.

–En una audiencia inglesa, y especialmente tratándose de un concierto de caridad, ¿cree usted realmente que hay muchas personas que escuchen, quiero decir, que escuchen de verdad, con todo su corazón y con toda su alma? Los jóvenes galantes se ocupan de las damas, éstas se ocupan de sus maquillajes, los padres de familia que se aburren piensan en las alzas y bajas de la Bolsa, o bien cuentan las espitas de gas y calculan lo que puede costar la iluminación de la sala.

–Sin embargo, en medio de semejante multitud, siempre hay más de un oyente atento –dijo uno.

–Sin duda –replicó el artista–; por ejemplo, la joven damisela que ha ejecutado cien veces la pieza que acabo de tocar; pero sólo uno –¿cómo les diría yo?, un conocedor– sólo uno entre el público es mi oyente simpático.

–¿Y qué entiende usted por oyente simpático?

–Quiero decir, alguien con quien espontáneamente parece establecerse una corriente, alguien que, al escucharme, experimenta exactamente las mismas sensaciones que yo experimento al tocar, y que tal vez comparte conmigo idénticas visiones.

–¿Cómo? ¿Es que tiene usted visiones mientras toca? –preguntó uno de los jóvenes del grupo.

–No de ordinario, pero, indefectiblemente, cada vez que me siento escuchado por un oyente simpático.

–¿Y le ocurre a menudo tener la presencia de semejante oyente? –dije yo, picado por la envidia.

–¿A menudo? ¡Oh, no!, raramente, muy raramente, casi nunca e incluso...

–¿Incluso qué?

–Jamás como esta tarde.

–¿Y cuando no tiene usted el oyente que desea?

–Entonces toco maquinalmente, como sumido en una especie de somnolencia.

–¿Puede usted adivinar quién era esta tarde su «oyente»?– preguntó Bryancourt sonriendo sardónicamente, al tiempo que me lanzaba una mirada de soslayo.

–Sin duda, una de las numerosas bellas damas presentes en la sala –dijo otro–. Es usted todo un conquistador, señor.

–Sí –apoyó un tercero–, no deben precisamente faltarle las conquistas. Es bien sabido el poder que la música ejerce sobre el bello sexo.

–¿Se trata acaso de una hermosa virgen? –preguntó Bryancourt. Teleny me miró fijamente a los ojos, sonrió y respondió:

–Tal vez.

–¿Y espera usted llegar algún día a conocer a su «oyente»? –prosiguió Bryancourt. Teleny hundió de nuevo su mirada en la mía y respondió:

–Quizás.

–¿Y de qué indicios se valdrá para descubrirlo?

–Sus visiones deben coincidir con las mías.

–De tener yo visiones –dijo otro–, yo bien sé cuáles serían.

–¿Y cuáles serían? –preguntó Teleny.

–Dos senos de lirio con dos pimpollos de rosa en su centro y, más abajo, dos labios húmedos semejantes a dos rosadas conchas que, al abrirse voluptuosamente, descubren un delicioso recipiente de carne coralina, entre el mohín de dos labios rodeados de un toisón de oro o de ébano.

–Basta, basta, amigo mío, que mi boca se humedece ante la visión que narra y mi lengua se abrasa por gustar del sabor de esos labios –exclamó otro de los jóvenes del grupo, cuyo ojos chispeaban como los de un sátiro en estado priápico–. ¿Es ésta acaso su visión, Teleny?

El pianista esbozó una sonrisa enigmática.

–Tal vez–volvió a decir.

–En lo que a mí se refiere –exclamó otro de los jóvenes que aún no había hablado–, la visión que me evoca la rapsodia húngara me traslada a vastas llanuras, pobladas de campamentos bohemios con hombres tocados con sombreros redondos, amplios pantalones y chaquetillas cortas, que montan en caballos salvajes.

–O soldados tocados con chambergos y calzados con grandes botas, que danzan con muchachas de ojos negros –añadió otro.

Yo sonreía pensando cuánto difería mi visión de la suya. Teleny, que me observaba, notó mi sonrisa.

–Señores –dijo–, lo suyo son simples reminiscencias de cuadros y ballets.

–¿Y la suya? –preguntó Bryancourt. Eso mismo iba yo a preguntarle.

–Mi visión sería muy diferente, respondió.

–¿Tal vez el otro lado... el reverso de la medalla, o hablando francamente, la parte trasera? – interrumpió, riendo, otro–. Dos hermosas ubres blancas

como la nieve y, debajo de ellas, en un profundo valle, un pozo, un pequeño agujero de sombríos bordes, o rodeado tal vez de un nimbo castaño...

–Veamos ahora las tuyas –insistió Bryancourt.

–Las mías son vagas e indistintas –respondió el artista– y se borran rápidamente que apenas puedo acordarme de ellas.

–Pero son espléndidas, ¿no es así?

–Y horribles también.

–Como el cuerpo divino de Antinoo visto a la luz argentada de una luna de ópalo, que flota sobre las lívidas aguas del Nilo –intervine yo.

Los jóvenes del grupo, asombrados, me miraron. Bryancourt reía maliciosamente.

–Es usted poeta o pintor –dijo Teleny, examinándole con los ojos entreabiertos. Y luego una pausa:

–Tiene usted razón al hostigarme, pero no hay que tomar en serio mis palabras de visionario; siempre hay un grano de locura en el cerebro de todo artista.

Y disparando sobre mí el sombrío dardo de sus pupilas cargadas de tristeza, continuó:

–Cuando usted me haya conocido mejor, verá que hay en mí mucho más de loco que de artista.

Y sacando, después de decir esto, un fino pañuelo de lino impregnado de un perfume embriagador, enjugó las gotas de sudor que le perlaban la frente.

–Y ahora –añadió– que mis tonterías no les entretengan un minuto más, o las damas patrocinadoras acabarán por enfadarse y no me agrada disgustar a las damas. Por otro lado, mis colegas podrían decir que los retengo aquí por envidia hacia ellos; ya que nadie más propenso a los celos que los aficionados, ya sean actores, cantantes o instrumentistas; así pues, ¡hasta la vista!

Y con un saludo aún más profundo que el que había dirigido al público, se preparaba ya a salir, cuando se detuvo de repente:

–Pero usted, señor Des Grieux, había dicho antes que no tenía intención de permanecer. ¿Puedo, por tanto, solicitar el placer de su compañía?

–Con todo gusto –respondí yo apresuradamente.

Nueva sonrisa irónica de Bryancourt. ¿Por qué?, me pregunté yo. Luego, tarareó un pareado de Madame Angot, opereta entonces en boga, del que este trozo, dirigido a mí, pudo llegar a mis oídos:

Y se dice que él es el favorito...

Teleny, que había oído el verso tan bien como yo, se encogió de hombros.

–Hay un coche esperándome –dijo, pasando su brazo en torno al mío–; sin embargo, si usted prefiere caminar...

–Con mucho... hacía un calor sofocante dentro de la sala.

–Asfixiante, en efecto –repitió él, pensando evidentemente en otra cosa. Y luego, de golpe, como asaltado por una idea repentina:

–¿Es usted supersticioso?

–¿Supersticioso? – exclamé yo, sorprendido por lo imprevisto de la pregunta–. Sí, un poco.

–Yo lo soy en exceso. Es parte de mi naturaleza, en la que domina el elemento bohemio. Se dice que las gentes bien educadas no son supersticiosas. Pero, en primer lugar, yo recibí una educación detestable; y luego, creo que si de verdad conociéramos los misterios de la naturaleza, probablemente podríamos explicar las extrañas coincidencias que constantemente se nos ofrecen. Pero no sabemos nada.

Y deteniéndose, de pronto, bruscamente:

–¿Cree usted en la transmisión del pensamiento, de los sentimientos, de las sensaciones?

–A decir verdad, jamás me he parado a pensar en esas cosas...

–Es preciso creer en ello –añadió él imperativamente–. Así, por ejemplo, esta tarde, ambos hemos tenido la misma alucinación y en el mismo momento. Va usted a darse cuenta: lo primero que lo asaltó fue una visión de la Alhambra chispeando bajo los rayos del sol. ¿No es así?

–Sí, así es –dije yo estupefacto.

–Y en ese momento, usted experimentaba el sentimiento de un amor ardiente que le sacudía el cuerpo y el alma. ¿Es así o no es así? Y luego vino Egipto, y con él Antinoo y Adriano. Usted era el emperador y yo era el esclavo.

Y añadió plácidamente, hablando casi para sí mismo.

–¿Quién sabe? Tal vez un día tenga que morir yo por usted, como Antinoo murió por su amo– y sus facciones adoptaron la expresión dulce y resignada que puede contemplarse en las estatuas clásicas de los semidioses.

Mi estupor iba en aumento.

–¡Oh Usted piensa que estoy loco! –prosiguió– pero no lo estoy, no hago

más que describir los hechos. Usted no se siente encarnando la personalidad de Adriano, porque no tiene aún el hábito de este tipo de visiones; pero todo se le aclarará un día; en lo que a mí concierne, debo decirle que la sangre asiática corre por mis venas y...

No llegó a acabar la frase. Caminamos un rato en silencio, y luego de un rato, continuó:

—¿No notaba usted que yo me giraba de su lado, mientras ejecutaba la gavota? Acababa de sentir entonces su presencia, y lo buscaba a usted con los ojos sin poder descubrirlo. ¿Se acuerda usted?

—En efecto, sus miradas se volvían hacia mi lado.

—Y usted estaba celoso.

—Sí, murmuré.

Por toda respuesta, apretó mi brazo contra sí, y tras una breve pausa, añadió, precipitadamente y en voz baja:

—Es preciso que usted sepa que no hay muchacha en el mundo que consiga llamar mi atención. Y que jamás podré amar a una mujer.

Mi corazón latía violentamente; y sentía como un nudo en la garganta.

«¿Por qué me cuenta esto?», me pregunté.

—¿No llegó usted a respirar una especie de perfume?

—¿Un perfume? ¿Cuándo?

—Mientras yo tocaba la gavota. ¿Será usted capaz de haberlo olvidado?

—Espero, por Dios que tiene usted razón, sí: ¿qué perfume era aquél? ¡Ah sí!, lavanda ambarina.

—Sí, eso mismo. Un olor que a usted no le agrada y que yo detesto. ¿Cuál es su olor favorito?

—El de heliotropo blanco —dije yo.

Sin responderme, sacó un pañuelo del bolsillo y me lo dio a oler.

—Nuestros gustos, como puede ver, son exactamente los mismos.

Y, al decir esto, me envolvió con una mirada tan llena de pasión, tal voluptuosa, que el ardor carnal que de ella exhalaba me hizo casi desfallecer.

—Ya ve usted, siempre llevo conmigo un ramillete de heliotropo blanco; permítame que se lo ofrezca; su perfume me traerá de nuevo a su recuerdo, esta noche, y tal vez aparezca entonces en sus sueños.

Arrancando las flores de su ojal, las colocó en mi mano, mientras con su

brazo derecho me enlazaba el talle, apretándome contra su pecho durante unos segundos, que a mí se me parecieron una eternidad.

Su rostro se acercó al mío hasta sentir cómo su respiración jadeante bañaba toda mi boca. Nuestras piernas se tocaron en ese momento, y sentí entonces la presencia de un cuerpo duro y nervioso que se apretaba contra mis muslos.

Mi emoción era tal que apenas podía tenerme en pie; por un momento creí que iba a besarme, mientras la punta de su bigote cosquilleaba mi boca, produciéndome una deliciosa sensación. Sus ojos, al tiempo de esto, se hundían en los míos con una fascinación diabólica.

El fuego de su mirada atravesaba mi pecho, resbalando por él hacia abajo. Mi sangre estaba en plena ebullición y sentí que, a su vez, ese objeto que los italianos llaman el pajarillo y que representan provisto de un par de alas, empezaba a agitarse en la jaula donde lo mantenía yo encerrado, levantando la cabeza primero, y derramando luego algunas gotas de cremoso fluido vital.

Pero estas lágrimas, lejos de aplacarme, fueron como las gotas de algún ácido cáustico, y produjeron en mí una fuerte e insoportable irritación.

Me sentía como atado a un potro del tormento; tenía la cabeza hecha un infierno, y el fuego recorriendo todo mi cuerpo.

«¿Sufre él tanto como yo? », me pregunté.

En ese momento, su brazo, separándose de mi cintura, cayó inerte a lo largo de su cuerpo.

Eché el cuerpo hacia atrás, vaciló como recorrido por una fuerte descarga eléctrica, y creí que iba a llegar a desmayarse; se enjugó a continuación el abundante sudor de la frente y exhaló un profundo suspiro.

El color se le había ido, y su cara mostraba una palidez mortal.

—¿Me cree usted loco? —dijo.

Y sin esperar respuesta, continuó:

—¿Quién es el sano de espíritu y quién el loco en nuestro mundo? ¿Quién es el vicioso y quién el virtuoso? ¿Lo sabe usted? Yo no.

Hizo una pausa. Una pesada y larga pausa. Había entrecruzado sus dedos con los míos y caminábamos así sin decir una palabra. Mis venas palpitaban aún con violencia y mis nervios estaban tensos, con los conductos espermáticos a punto de rebosar. La erección seguía viva allí abajo. Sentía un dolor agudo alrededor de los órganos generativos, mientras un desfallecimiento general atenazaba el resto de mi cuerpo; y sin embargo, a pesar del dolor y el abatimiento, experimentaba un placer indecible al caminar así a su lado, con mis dedos enlazados con los suyos, y su cabeza reclinada en

mi hombro.

–¿Cuándo sintió usted por primera vez mi mirada clavada en la suya? –me preguntó él en voz baja.

–Cuando salió usted por segunda vez.

–Así es. Nuestros ojos se encontraron y se estableció entre nosotros una corriente parecida a la de la chispa que recorre el hilo eléctrico.

–Sí, una corriente ininterrumpida.

–Jamás he conocido a un hombre cuyos sentimientos de tal modo coincidan con los míos. Dígame:

¿cree usted que una mujer podría sentir lo mismo con igual intensidad?

Yo incliné la cabeza, sin poder responder. Y él me tomó de las manos.

–Entonces, ¿seremos amigos?

–Sí –respondí yo, tímidamente.

–Sí, grandes amigos, amigos del alma, como suele decirse.

– Sí.

Él me apretó de nuevo contra su pecho y murmuró a mi oído unas palabras dichas en una lengua desconocida, tan baja y musical, que parecía un canto del cielo.

–¿Sabe usted lo que esto significa?

–No.

–«Oh, amigo mío, por ti mi corazón suspira.»

Capítulo II

Pasé la noche en un estado de afiebrada excitación, agitándome sin cesar en la cama, e incapaz de conciliar el sueño; y, cuando al fin pude dormirme, me vi asaltado de sueños lascivos.

En uno de ellos aparecía Teleny, pero no como hombre, sino como mujer, como mi propia hermana. Y, sin embargo, yo no tengo hermanas. En dicho sueño, yo, al igual que Amón, el hijo de David, me hallaba enamorado de mi propia hermana, y tan vergonzoso era mi amor, que caí enfermo, reconociendo el carácter repugnante de mi pasión. Cada noche luchaba yo con todas mis fuerzas contra esta pasión, hasta que una noche, devorado por la

lujuria, e incapaz de resistir ya más, penetré en su habitación.

Bajo la luz rosada del crepúsculo, la vi tendida en su leche. Su carne fina y blanca me hizo temblar de concupiscencia. Hubiera querido ser una bestia de presa, para arrojarme sobre ella y devorar su carne.

Sus largos rizos dorados se esparcían por encima de la almohada. Su camisa de lino, que apenas bastaba para cubrir su desnudez, realzada el encanto de lo que dejaba ver. Los lazos que la sujetaban por los hombros estaban desatados, y mis ojos ávidos recorrían con lujuria sus rígidos pechos. Sus senos de jovencísima virgen, firmes y salientes como dos montículos, no eran más grandes que una copan de champán, y, como dice el poeta Symonds:

«Parecían dos capullos de rosa rodeados de una corona de lirios.»

Su brazo derecho servía de apoyo a su cabeza, dejando al descubierto en su arqueamiento, el oscuro y espeso toisón de la axila.

Se hallaba tendida en una postura tan excitante como la que suele exhibir Dánae en los cuadros, al ser desflorada por Júpiter inundado en lluvia de oro: las rodillas levantas, los muslos generosamente abiertos. Y, aunque profundamente dormida, como la leve respiración de su pecho dejaba traslucir, su carne parecía totalmente recorrida por un deseo amoroso, mientras sus labios entreabiertos parecían ofrecerse al beso.

De puntillas, fui acercándome lentamente a ella, con precaución, y me deslicé entre sus piernas. Mi corazón latía hasta romperme el pecho, y yo ardía de pasión, contemplando aquel objeto que me enloquecía los sentidos. Según iba avanzando sobre ella, apoyado en codo y rodillas, un fuerte olor de heliotropo blanco inundó mi cerebro, hasta casi asfixiarme.

Temblando de emoción, y con los ojos abiertos de par en par, hundí mi mirada entre sus piernas. Al principio no vi más que una masa de pelos castaños, ondulados y ensortijados en pequeños rizos, que tapaban la abertura del pozo del amor. Yo levanté suavemente la camisa, aparté con cuidado el velludo toisón, y separé los dos labios, que por sí mismos se abrieron al contacto de mis dedos como para facilitar la entrada.

Yo clavé mis ojos en aquella carne amiga, en aquella carne rosada similar a la pulpa madura y azucarada de un fruto succulento; y vi entonces, anidado en medio de dos labios de color carmín, un pequeño capullo, una pequeña flor viva de carne y sangre.

Sin duda, al posar mis dedos entre los labios, lo había acariciado inconscientemente, mientras los contemplaba, y ahora se agitaba como dotado de vida, levantándose tenso hacia mí. A la vista de esto, un deseo loco me embargó de gustarlo, de acariciarlo con mi boca; e incapaz de resistir, me

incliné sobre él, cubriéndolo con mi lengua, paseándola en torno suyo, hundiéndola en medio de los labios, recorriendo todos sus recovecos, penetrando en sus más íntimos repliegues, mientras ella, encantada sin duda por este juego, me ayudaba en mi labor con sus muslos, con un ardor tal que, al cabo de pocos minutos, la pequeña flor abrió sus pétalos y esparció su rocío de almíbar, que mi lengua devoró golosa.

Al tiempo que esto ocurría, no dejaba ella de suspirar y gritar, sonámbula de placer. Sobreexcitado como estaba, no le di tiempo de volver en sí, y tomando mi pene, le introduje el glande en su abertura.

La hendidura era muy estrecha, pero los labios estaban húmedos; yo empujé con todas mis fuerzas. Poco a poco fui sintiendo quebrarse el débil tejido que ponía obstáculo a mis esfuerzos. Ella me secundaba valerosamente en mi obra destructora, abriendo todo lo que podía las piernas, pegándose contra mí, esforzándose por engullir la columna entera, gritando a un tiempo de placer y de dolor.

Yo me hundí una y otra vez, pujando y ahondando cada vez más a cada nuevo embate, hasta que, habiendo superado todas las barreras, alcancé las profundidades últimas de la vagina, donde me parecía como si numerosos pequeños labios se dedicaran a cosquillear y succionar la punta de mi verga.

¡Placer celeste! ¡Divino éxtasis! Me sentía flotando entre el cielo y la tierra y rugía y aullaba de placer.

Al oír un ruido en la habitación, empecé a retirar lentamente mi miembro el orificio estrecho donde se hallaba encajado. Una luz más brillante que la de la víspera se encendió de repente, y una mano me tocó la espalda, al tiempo que pronunciaba mi nombre.

Imagine usted mi vergüenza y mi confusión, mi profundo horror. Era la voz de mi madre, ¡y yo me hallaba sobre mi hermana!

–Camille –me dijo–, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?

En este preciso instante me desperté, lleno de consternación y temblando de miedo, preguntándome dónde estaba y si en realidad había desflorado a mi hermana.

Y ciertamente parecía que sí. Las últimas gotas de fluido corrían aún por mi pene. Y al pie de mi cama se hallaba mi madre, en carne y hueso. ¡No estaba, pues, soñando!

¿Pero dónde está mi hermana, mi hermana o la muchacha de la que había gozado? Y esa verga alzada que yo había tenido en mi mano, ¿era la mía o la de Teleny?

No, yo estaba solo en mi cama. ¿Qué quería, pues, mi madre? ¿Y cómo se

encontraba en mi habitación aquel horrible faldero que, sentado sobre el respaldo de un sillón, me miraba fijamente?

Finalmente, pude recobrar el sentido. Y vi entonces que el caniche no era otra cosa que mi camisa, que antes de acostarme había arrojado sobre una silla.

Viéndome totalmente despierto, mi madre me explicó que, oyéndome gemir y gritar, había venido a ver si me encontraba enfermo. Yo me apresuré a asegurarle que me encontraba perfectamente, y que simplemente había sido víctima de una pesadilla. Ella posó su fresca mano sobre mi frente enfebrecida. Y el contacto de esta mano suave refrescó mi cerebro, disminuyendo mi fiebre.

Cuando estuve más calmado, me hizo beber un vaso de agua azucarada, rociada de esencia de azahar, y volví a dormirme, despertándome de tanto en tanto, para encontrar siempre ante mí la figura el pianista.

Al día siguiente, su nombre resonaba aún en mi oídos, sin que mis pensamientos dejaran de volar a él, ni mis labios de pronunciar su nombre. Lo veía con los ojos del alama, de pie en el proscenio, saludando al público y lanzando sobre mí sus miradas de fuego.

Me quedé durante unos momentos aún arrebujaado en la cama, contemplando con parsimonia aquella visión vaporosa e indistinta, intentando reconstruir sus rasgos, que se confundían en mi recuerdo con los de algunas de las estatuas de Antinoo. Al analizar mis impresiones, tenía conciencia de una sensación nueva, de un vago malestar entreverado de inquietud. Sentía dentro de mí un cierto vacío, sin poder comprender si dicho vacío se hallaba alojado en mi corazón o en mi cabeza. Nada había perdido, y sin embargo me sentía solo, abandonado. ¿Qué digo?, despojado. Intenté explicarme a mí mismo mi estado lastimero, y todo lo que pude descubrir es que tales sensaciones se asemejaban a las de las personas que añoran su país, o desean violentamente volver a ver a la madre lejana, con la diferencia de que el exiliado sabe lo que le falta, y yo difícilmente hubiera podido definirlo; era algo indeterminado, como el «Sehnsucht» de que tanto hablan los alemanes, y que tan poco experimentan.

La imagen de Teleny seguía persiguiéndome, y el nombre de René invadía sin cesar mis labios. Lo repetía docenas de veces. ¡Qué nombre tan dulce! Al simple sonar de estas dos sílabas, mi corazón latía fuertemente y mi sangre empezaba a hervir, a fluir con viveza. Me levanté sin prisas. Me vestí con descuido. Eché una mirada al espejo, y en vez de verme a mí mismo, vi a Teleny; y detrás de mí, nuestras sombras aparecían unidas, tal como yo las había visto la noche anterior sobre la acera.

La sirvienta que llamaba a la puerta me devolvió a la realidad. Me miré en el espejo y me vi asqueroso. Por vez primera en mi vida deseaba tener un hermoso rostro, o mejor, un rostro fascinantemente bello.

La sirvienta me informó que mi madre me esperaba en el comedor, y que la había enviado a informarse si aún me hallaba indispuerto. El nombre de mi madre volvió a traerme a la memoria el sueño y, por primera vez, sentí ganas de no verla.

Sin embargo, aún me hallaba en buenos términos con ella, y cualesquiera que sean las faltas que haya podido cometer, he de reconocer que nadie me quería tanto como ella. Y, cualesquiera que sean los chismes que sobre su ligereza corren, sobre su amor al placer, nunca me descuidó ni un solo instante. Si su vida no estaba conforme con lo que suelen llamar los «principios morales», o, por mejor decir, la hipocresía cristiana, la culpa era de mi padre, y no de ella, como quizás le explicaré en algún otro momento.

Cuando hube entrado en el comedor, mi madre, asustada por la alteración que mis rasgos revelaban, me preguntó si sufría.

—Un poco de fiebre sólo —respondí—. Tal vez la música de ayer me enervó un poco...

Nuestra conversación comenzó a girar entonces sobre el concierto y aunque estaba ansioso por preguntar a mi madre acerca de Teleny, no pude atreverme a pronunciar el nombre que bailaba en mis labios, poniendo buen cuidado en que no se me escapara.

Fue mi misma madre quien empezó a hablar de él, alabando primeramente su arte, y luego su belleza.

—¿Acaso le encuentras bello? —le pregunté yo bruscamente.

—Ciertamente respondió ella, —asombrada—. ¿Es que hay alguien que opine lo contrario? Todas las mujeres lo consideran un Adonis; pero vosotros los hombres diferís de tal modo de nosotras en vuestras apreciaciones sobre vuestro mismo sexo, que encontráis las más de las veces insípidos a los que nosotras más admiramos. En cualquier caso, lo que no cabe duda es que triunfará como artista, pues todas las damas acaban enamorándose de él.

Al escuchar estas últimas palabras, intenté mantener la calma, pero, a pesar de mis esfuerzos, me fue difícil no hacer una extraña mueca con mi cara.

Mi madre, al observar mi fruncimiento de cara, añadió, sonriendo:

—¡Vamos! Camille, eres tan vanidoso como algunas damas que no pueden soportar que se alabe a otra mujer, sin imaginar que se les roba algo que les era debido.

–Todas las mujeres son muy libres de enamorarse de él, si tal cosa les parece –respondí yo vejado–; tú sabes muy bien que jamás me he enorgullecido de mi hermosa cara, como tampoco me he vanagloriado jamás de mis conquistas.

–Así es. Pero hoy te pareces tanto al perro del hortelano, que se enoja por lo que nada le importa.

¿Qué puede importarte que las mujeres se enamoren o no de él, sobre todo se tal cosa le ayuda en su carrera?

–¿No puede, pues, un artista alcanzar el éxito por sus solos méritos?

–A veces sí, pero son más bien pocas, y sólo gracias a una perseverancia sobrehumana, de la que generalmente carecen los artistas. En cuanto a Teleny...

Mi madre no llegó a concluir la frase, pero la expresión de su rostro y sobre todo su sonrisa de incredulidad revelaron claramente sus pensamientos.

–¿Y tú crees que ese joven es un ser lo suficientemente degradado como para dejarse mantener por las mujeres?... Como un simple...

–Mantener no es la palabra exacta, o al menos no se encaráría la cosa de esa manera. Es muy fácil dejarse ayudar por otros medios que no sean el dinero; en todo caso, los del piano serían sus ingresos confesados.

–Como lo son las tablas para la mayor parte de las bailarinas de ballet. ¡Verdaderamente no me gustaría ser artista!

–¡Oh!, los artistas son los únicos hombres que deben su éxito a una amante, o a una esposa. Léete Bel Ami y verás cuántos de entre los que han triunfado, incluidos los más célebres, deben su enaltecimiento...

–¿A una mujer?

–Exactamente. Ahí está la vieja expresión: «Cherchez la femme».

–¡Entonces el mundo es asqueroso!

–Pero como tenemos que seguir viviendo en él, es preciso tomar partido, sacar de él el mejor provecho, y no tomarse las cosas de manera trágica como tú te las tomas.

–Como quiera que sea, Teleny toca bien. Jamás he escuchado a nadie tocar como él lo hizo ayer.

–Sí, estoy de acuerdo en que realizó una ejecución brillante, por no decir sensacional; pero también hay que admitir que tu estado ayer no era muy bueno, y sin duda la música produjo en los nervios un efecto inhabitual.

–¡Oh! ¿Piensas que un espíritu maligno me poseía y que un hábil ejecutante como aquel de quien hablamos era el único que podía calmarme los nervios?

Mi madre sonrió.

–Todos, en todos los tiempos, nos parecemos a Saúl; quiero decir que a todos nos acosa por igual el Espíritu Maligno.

Su frente, al decir esto, se ensombreció; calló por un instante; y amargos recuerdos debieron llenar de pronto su memoria, porque añadió:

–Y Saúl es ciertamente digno de llanto.

Yo no le respondí. Me preguntaba de qué modo había ganado David la voluntad de Saúl. ¿Era tal vez a causa de sus cabellos rojos, de su noble porte y de su hermosa cara? Tal vez por esto mismo, tan pronto Jonatán lo vio, «el alma de Jonatán se fundió con la de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma».

¿Acaso el alma de Teleny se había fundido con la mía? ¿Debía yo amarlo y después odiarlo, como había hecho Saúl? Me despreciaba a mí mismo y a mi locura, y sentía crecer en mí la animosidad contra aquel músico que me había hechizado. Por encima de todo aborrecía yo a las mujeres, verdadera maldición del mundo.

Mi madre me arrancó de mis negros pensamientos.

–No debes ir hoy a tu despacho, si no te sientes bien –me dijo, tras un momento de silencio.

Sin duda sabe usted que mi padre me había dejado en herencia un lucrativo negocio y un excelente director de toda la confianza que, durante años, fue el alma de la casa. Tenía yo entonces veintidós años y todo mi trabajo en el negocio consistía en embolsarme la parte del león en los beneficios. Sin embargo, debo decir que nunca fui perezoso, sino que, por el contrario, era más serio en el trabajo de lo que mis poco años podían hacer esperar.

Me fui, pues, al despacho como de costumbre, pero me fue imposible dedicar mi atención a ocupación alguna.

La imagen de Teleny se mezclaba con cada una de las cosas que intentaba hacer, embrollándolo todo. Las palabras de mi madre retumbaban sin cesar en mi memoria: «Todas las mujeres estaba enamoradas de él, y su amor le era necesario». Intentaba borrarlo de mi pensamiento. «Querer es poder», me decía, «así que lograré borrar de mí esta maldita y embrutecedora obsesión».

Pero cuanto más intentaba olvidarme de él, más volvía su imagen a mi pensamiento. ¿No se ha sentido usted a veces obsesionado por los fragmentos

de una canción que no consigue recomponer entera? Donde quiera que un va, los fragmentos resurgen de repente, llenando por completo la cabeza. Resulta imposible desembarazarse de ellos. Le impiden a uno dormir, y cuando se consigue al fin conciliar el sueño, las notas resuenan de nuevo en su interior; al despertarse de nuevo, las notas son el primer sonido que lo asalta. Así me ocurría a mí con Teleny; su figura me perseguía; su voz dulce y baja me repetía constantemente en aquella lengua desconocida: «¡Oh, amigo mío! ¡Mi corazón por ti suspira!».

Su imagen no se apartaba de mis ojos, y podía sentir aún el dulce contacto de su mano sobre la mía, el aliento perfumado de sus labios. Y, en mi impaciente deseo, yo extendía el brazo para abrazarlo, para apretarlo contra mi pecho; la alucinación se hacía tan real que llegaba a sentir su cuerpo contra el mío.

Una fuerte erección tensaba todos mis nervios, pero ¿antes de conocer a Teleny se había enamorado alguna vez?

—Jamás.

—Sí que es extraño.

—¿Extraño? ¿Por qué?

—¡A los veintidós años... !

—En esto puede ver usted que me hallaba destinado a amar a los hombres y no a las mujeres, y sin darme cuenta, había estado luchando hasta entonces contra las inclinaciones de mi naturaleza. En diversas ocasiones, bien es verdad, creía haberme enamorado, pero sólo cuando conocí a Teleny comprendí lo que era el verdadero amor. Como todos los jóvenes de mi edad, me había creído obligado a mantener una amante, a la que había hecho todo lo posible por convencer de que estaba profundamente enamorado de ella. Habiendo encontrado por causalidad una muchacha de ojos risueños, una modista parisiense empleada en un almacén de Bond Street, decidí que ella debería ser para mí mi Dulcinea; me puse a seguirla cada vez que la veía, y a pensar en ella, cuando no tenía otra cosa que hacer.

—¿Y cómo terminó la aventura?

—De la manera más ridícula. Fue, creo, uno o dos años antes de abandonar el colegio, durante las vacaciones de verano; por primera vez hacía un viaje solo, para ir a encontrarme con mi madre en Eastbourne.

Tímido como soy, me sentía nervioso ante la idea de tener que introducirme entre la muchedumbre, abrirme paso a codazos hasta conseguir mi billete, y cuidarme de no tomar un tren equivocado.

Por una feliz casualidad vine a encontrarme sentado justo enfrente de la

jovencita de quien me creía enamorado, quien, en compañía de su madre, se dirigía al mismo lugar que yo. Animado por tan inesperado azar, me atreví a dirigirle unas palabras en su lengua materna.

Desgraciadamente, sin darme cuenta, me había introducido en un comportamiento reservado «sólo para damas», donde se encontraba ya sentado el más perfecto espécimen de solterona inglesa que en el mundo haya visto, envuelta en un impermeable o guardapolvos. Es fácil encontrarse con criaturas de este tipo en el Continente, y un poco también por todas partes, salvo, tal vez, en Inglaterra; esto me ha hecho siempre pensar que Inglaterra las fabrica especialmente para la exportación. Como quiera que sea, no bien me hube yo sentado, cuando en un tono desagradable y con un horrible francés, me vi recriminado de este modo:

–Monsieur, cette compartiment il était reserved pour dames soules.

Quería decir «seules», pero confundido por su intemperancia, me vi llevado a repetir su error, tomándolo al pie de la letra.

–Dames soules! –repetí aterrorizado, mirando en torno mío. Mis vecinas se echaron a reír.

–La señor dice que este compartimiento está reservado para damas solamente –me hizo observar la madre de mi adorada–, y naturalmente, se espera que ningún joven caballero venga por aquí a fumar.

–¡Oh!, si es por eso, dejaré ciertamente de fumar.

–Non, non! –protestó la madura señorita, absolutamente enojada–, vous exit, sortez, ou moi crier!

Y sacando la cabeza por la puerta del compartimiento, se puso a gritar, esta vez en buen inglés:

–Revisor, por favor, haga salir a este joven...

El revisor acudió apresuradamente, y no solamente me ordenó salir, sino que me arrojó ignominiosamente fuera, como si de otro coronel Baker se tratara.

Me trasladé, pues, al compartimiento vecino, pero me sentía tan avergonzado, tan mortificado, que mi vientre, que siempre ha sido muy sensible, se sintió de pronto trastornando. Tan pronto el tren se puso en marcha me sentí presa primero de un malestar general, y luego de un dolor agudo, pronto transformado en una necesidad tan apremiante, que yo no me atrevía a hacer un solo movimiento por temor a las consecuencias.

En la primera parada de algunos minutos me precipité fuera del vagón, pero no encontré empleado alguno que pudiera indicarme un lugar donde

liberar mi carga. Empezaba a preguntarme qué hacer cuando el tren empezó a ponerse en marcha.

El único ocupante de mi compartimiento era un anciano que, tras haberme dicho que me pusiera cómodo, se durmió y roncaba como un toro. Me encontraba, pues, como si estuviera solo.

Empecé a fabricar planes para descargar mis intestinos, que estaban en plena revolución, y el único de todos ellos que parecía factible no podía ser puesto en práctica, porque mi adorada, que estaba en el compartimiento contiguo, no dejaba de sacar la nariz por la ventanilla, e imagínese qué cuadro si en lugar de ver aparecer por la ventana de mi compartimiento mi cara, hubiera visto mi trasero al pleno. Me disponía a utilizar mi sombrero, para reemplazar a lo que los italianos llaman la comodina, cuando el tren se detuvo de nuevo. Había seis minutos de parada. Ahora o nunca, me dije y salté al andén.

Se trataba de una estación en pleno campo, una estación de cruce, y todo el mundo bajó a tierra. El revisor gritaba: «Viajeros para Eastbourne, hagan el favor de subir al tren».

—¿Dónde está los servicios? —le pregunté.

Él quiso empujarme de nuevo al tren, pero me escabullí y le pregunté a otro.

—Por allí —me dijo, mostrándome el retrete—; pero dese usted prisa.

Me puse a correr y me precipité en el interior de la letrina sin mirar en dónde entraba y empujando violentamente la puerta.

Oí primero un gruñido de satisfacción y alivio, seguido de un ruido de salpicadura y caída de agua, luego un grito, ¡y vi a mi solterona sentada en la taza!

La locomotora pitó, la campana sonó, el jefe de la estación tocó su trompetilla, y el tren echó a andar.

Yo eché a correr, a mi vez, sin temor a las consecuencias, sujetándome el pantalón desabrochado, y perseguido por las imprecaciones de la arpía, como un pez desgraciado que huyera de los picotazos de una vieja gallina. Todos los viajeros, asomados a las portezuelas, se reían de mis desaventuras.

Algunos días después, volví a encontrar a la muchacha acompañada de su madre. Tan pronto me divisó, sus ojos risueños adoptaron una expresión burlona. No me atrevía a mirarla, y menos a seguirla.

Había en la pensión donde yo me alojaba con mis padres otros jóvenes, con los que ella pronto estableció relaciones, pues resultaba amable y

simpática a todo el mundo. Yo, en cambio, me mantenía apartado, seguro de que mis desventuras no sólo eran conocidas de todos, sino que eran incluso objeto de conversación.

Un día por la tarde, y mientras me hallaba sentado en el amplio jardín trasero de la pensión, escondido tras unos macizos de flores, recordando mis desventuras, vi de pronto a Rita –su nombre era Margarita – paseándose con otras muchachas por la alameda vecina.

Al poco, alejándose de sus amigas, se detuvo con la espalda vuelta, y empezó a subirse las faldas, mostrando una hermosa pierna, enfundada en una media de seda negra. El cordón que le sujetaba las medias al corsé se había desatado y ella intentaba colocarlo de nuevo, creyéndose sin testigos.

Con sólo estirarme un poco, hubiera podido clavar mi mirada entre sus piernas y ver lo que la hendidura de sus bragas dejaba entrever, pero no llegó a ocurrírseme. La verdad es que Rita no me atraía más que cualquier otra mujer. Lo único que quería era encontrar una ocasión para encontrarme a solas con ella, y saludarla sin que las demás muchachas se rieran de mí. Salí pues de mi escondite, y avancé tranquilamente por la alameda.

Al torcer la esquina, una visión inesperada me saltó a los ojos. El objeto de mi admiración sentimental se encontraba agachada sobre la arenilla de la alameda, con las piernas abiertas y las faldas cuidadosamente recogidas. Pude divisar un trozo de carne rosada y un torrente de líquido amarillo que corría sobre la arena, dejando un rastro de espuma, al tiempo que, para saludar mi presencia, de las partes traseras atronaba un sonoro cañonazo, igualmente despedido por la bella.

–¡Divino encuentro! ¿Y qué hizo usted, entonces?

–¿Ignora usted que, como dice el Libro de Oraciones, «siempre hacemos lo que no debíamos hacer, y dejamos de hacer lo que debíamos»? Pues bien, en lugar de esfumarme, escondiéndome detrás de un seto, para ver sin ser visto el lugar de donde el arroyo fluía, permanecí estúpidamente paralizado, mudo, confuso. Sólo cuando ella levantó los ojos pude recobrar mi uso de palabra.

–¡Oh, perdón, señorita! No sabía que estuviese usted ahí... es decir, que...

–Tonto, imbécil, estúpido, bestia, animal –vociferó ella con una liberalidad típicamente francesa, y levantándose roja como un tomate.

Fue a darme la espalda ella, y toparse de frente con la solterona inglesa, que justamente en aquel momento aparecía por el otro extremo de la alameda, y que la saludó con un «¡oh!» prolongado, sonoro como una nota de trompeta.

Y así terminó el único amor que jamás haya experimentado por una mujer.

Capítulo III

Así pues, ¿antes de Teleny no había usted amado a nadie?

–Jamás, y es porque, durante algún tiempo, no logré darme cuenta de lo que en realidad sentía. No obstante lo cual, al reflexionar sobre ello, pude darme cuenta de que bastante tiempo antes había sentido el aguijón del amor, pero como era siempre con personas de mi mismo sexo, ignoraba que aquello pudiera llamarse amor.

–¿Se trataba de jóvenes de su misma edad?

–No, siempre de hombres hechos y maduros, vigorosos especímenes humanos.

Desde mi infancia venía yo experimentando una fuerte atracción por los machos del tipo luchador, de enormes miembros y músculos abultados, y sólidos muslos; por los representantes de la fuerza bruta, en una palabra. Pero mi primera aguijada me la produjo un joven hércules, un joven carnicero que cortejaba a nuestra criada, una hermosa muchacha, según creo recordar. Era un mancebo atlético, de brazos nervudos, que me parecía capaz de tumbar a un buey de un puñetazo.

A menudo me quedaba mirándolo sin que se diera cuenta, observando la expresión de su rostro, mientras manoseaba a la joven sirvienta, sintiendo casi el mismo placer que él experimentaba.

¡Cómo me hubiera gustado que me hablara, en vez de tontear con mi estúpida criada! Yo me sentía celoso de ella, a pesar de quererla mucho. A veces, el atleta me sentaba en sus rodillas y me acariciaba, pero no muy a menudo. Un día, sin embargo, se hallaba muy excitado, tras haber intentado besarla en vano, y cogiéndome, apretó furiosamente sus labios contra los míos, como devorado por la sed.

Aunque era muy pequeño, creo recordar que el acto me produjo una erección, pues me acuerdo aún de la agitación que me embargó. Aún recuerdo el placer que sentía, frotándome como un gato contra sus piernas, cobijándome entre sus muslos, acariciándolo, manoseándolo, sin que él ¡ay!, me lo impidiera.

Mi mayor placer estaba en ver a los hombres bañándose. Me costaba trabajo no acercarme a ellos; me hubiera gustado acariciarlos y besarlos por todos lados. El día que pude ver a uno de ellos desnudo, la impresión fue superior a mí.

Los penes me producían el mismo efecto, me imagino, que producen a las

mujeres temperamentales; la boca se me humedecía, sobre todo si se trataba de un pene de grandes dimensiones, rojo, y con el glande descubierto y carnoso.

Sin embargo, jamás llegué a darme cuenta de mi inclinación por los hombres, y por supuesto, menos aún por las mujeres. Lo que sentía era como la convulsión cerebral que brilla en los ojos de quienes padecen un acceso de locura, era un placer bestial, un deseo furioso. El amor, en cambio, era para mí como un tranquilo coqueteo de salón, algo dulce, tierno, estético, totalmente distinto de aquella pasión llena de rabia que me abrasaba.

–Por lo que veo, jamás ha poseído usted a una mujer.

–¡Oh, sí! Varias veces; por casualidad, más que por verdadera elección. Con todo, para la edad que tengo, debo decir que comencé la vida un poco tarde. Mi madre, a pesar de estar considerada como una mujer ligera y entregada al placer, se preocupó más de mi educación de lo que suelen hacerlo esas mujeres llamadas serias, «perfectas», y en realidad prosaicas; porque tenía un gran tacto y mucha experiencia. Jamás he estado en un internado, porque ella sabía bien que los internados son la llave de todos los vicios. ¿Qué pensionista, muchacho o muchacha, no se ha iniciado en el conocimiento de los placeres carnales mediante el tribadismo, el onanismo o la sodomía?

Mi madre, por otro lado, temía que yo hubiera heredado la naturaleza sensual de mi padre; en consecuencia, hizo todo lo posible por alejar de mí las tentaciones precoces, y de hecho consiguió preservarme del mal.

A los quince o dieciséis años, era pues yo más inocente que la mayor parte de mis compañeros de colegio, pero escondía mi profunda ignorancia adoptando aires de libertino y avezado.

Cada vez que ellos se ponían a hablar de mujeres –que era todos los días–, yo sonreía con aire entendido, lo que pronto los hizo decir lo de «fíate del agua que duerme».

–¿Y de verdad estaba usted en la total ignorancia?

–Todo lo que sabía es que había algo que tenía que ver con «meterla y sacarla», y vea usted cómo fue:

Tenía yo quince años, y me hallaba paseando por una gran pradería paralela al camino que lleva a nuestra casa. Caminaba sin hacer ruido sobre el césped suave como un tapiz de terciopelo, cuando oí un ruido de voces por el lado de una gallinero fuera de uso que había en las cercanías. Me acerqué, presté oídos, y escuché la voz de una muchachita que decía:

–Métela y sácala; métela otra vez, y sácala de nuevo, y así muchas veces seguidas.

–Pero yo no puedo meterla ahí –respondía otra voz.

–Mira, voy a abrir la raja con mis dedos. Empuja ahora, métela, métela más, más, más... métela todo lo que puedas.

–Sí... pero quita los dedos.

–Ahora... ¡métela bien!

–¿Pero, por qué quieres que te la meta dentro?

–Voy a decírtelo. Mi hermana tiene un soldado que es amigo suyo, y lo hacen todos los días cuando se quedan solos. ¿No has visto tú a los gallos saltar sobre las gallinas y picotearlas? Pues es esto lo que hacen; mi hermana y el soldado se besan, se besan, y se besan, lo que hace que echen más tiempo en hacerlo.

–¿Y el soldado la meta y la saca?

–Pues claro. Sólo que cuando van a llegar al final, mi hermana le dice siempre que tenga cuidado de no terminar dentro, para no hacerle un niño. Así que, si quieres se mi amigo, como tanto me pides, métemela dentro con los dedos, si no puedes hacerlo de otra manera, pero ten cuidado de no terminar dentro, porque podrías hacerme un hijo.

Acerqué el ojo a un ranura de la pared y pude ver a la hija más pequeña de nuestro jardinero, una muchachita de diez a doce años, tumbada en el suelo de espaldas, y con un arrapiezo de una nueve años acostado sobre ella, haciéndolo lo mejor que podía para seguir sus instrucciones.

Fue la primera vez que llegué a atisbar lo que hacen los hombres y las mujeres, cuando se dedican a hacer el amor.

–¿Y no sintió curiosidad por saber más?

–¡Oh, sí! Habría cedido a menudo a la tentación y acompañado a mis compañeros en sus visitas a mujeres de cuyos encantos luego se vanagloriaban en voz baja, con un acento nasal y lascivo, y ante aquellas mismas mujeres, pues sabía tan poco de lo que podía hacerse con una mujer como Dafnis antes de que Licenio se deslizara bajo él para iniciarlo en los misterios del amor. Y, sin embargo, la cosa no exige más iniciación que la que el recién nacido requiere para acercarse al pecho de su madre.

–¿De cuándo data su primera visita a un burdel?

–De la época en que terminé la universidad, con los laureles académicos coronando nuestras frentes. Según la tradición, los componentes de la promoción solían celebrar una cena de despedida, antes de emprender cada uno su camino en la vida.

–Sí, ya recuerdo aquellas alegres cenas de estudiantes.

–Cuando la nuestra dio fin...

–Y estando todo el mundo bien empapado de vino...

–Así es, en efecto. Y, para terminar, se convino cerrar la noche visitando algunas casas de lenocinio.

Aunque yo me encontraba de muy buen humor y perfectamente dispuesto a divertirme, debo confesar que me sentía un poco intimidado, y de buena gana hubiera abandonado a mis compañeros de promoción, antes de exponerme al ridículo y a los peligros de la sífilis. Bien es cierto que lo intenté, pero me fue imposible escapar.

Se me trató de cobarde; se pensó que intentaba pasar la noche con una querida, una hermosa dependienta o una elegante cocotte. Otro sugirió que tal vez tenía ganas de volver a las faldas de mi mamá, y que mi papá no me dejaba salir de noche; otro, aun, decía que quería ir a menarmi, como crudamente se expresa el Aretino.

Viéndome en la imposibilidad de escapar, acepté de buena gana acompañarlos.

Un cierto Walter, joven en años, pero viejo en el vicio, y que, como un viejo marinero, había perdido ya un ojo a los dieciséis años, como consecuencia de una infección venérea, propuso mostrarnos la vida de los rincones más desconocidos del viejo Londres.

–En primer lugar, dijo, os llevaré a un lugar donde, por poco dinero, haremos una buena fiesta; eso servirá para animarnos; luego iremos a otra casa a descargar las pistolas, o mejor, los revólveres, porque el mío tiene siete cargas.

Su ojo único brillaba de lubricidad y su verga se agitaba ya de antemano en su pantalón. Aceptamos todos la propuesta, y yo el primero, muy contento de no figurar en principio sino como espectador, y preguntándome de qué escena iba a ser testigo. Nuestros coches nos llevaron al último extremo de Tottenham Court Road, por medio de sus calles estrechas, sus callejuelas sombrías y sus pasajes apestosos, llenos de mujeres empastadas de afeites, descaradas, que aparecían chillando por las ventanas de sus casas grasientas.

Era ya tarde. Las tiendas empezaban a cerrar, excepto aquellas dedicadas a la venta de pescado, mejillones y patatas fritas. Un insoportable olor de aceite barato, mezclado con el olor infecto de los mil desagües y las alcantarillas, impregnaba el ambiente, impidiendo casi respirar.

En medio de la oscuridad de aquellas calles mal iluminadas, los bares arrojaban sobre el pavimento, de tanto en tanto, brillantes haces de luz, acompañados de un tufo de tabaco, alcohol y cerveza, y bocanadas de aire

caliente.

Una muchedumbre heterogénea llenaba las calles: borrachos de rostro bestial, arpías miserables, niños harapientos de pálida cara, viciosos y llenos de mugre, que aullaban obscenas canciones.

Desembocamos, por fin, ante una especie de tugurio; los coches se detuvieron a la puerta de una casa de poca altura y siniestro aspecto, cuyo desconchamientos, fácilmente visibles bajo una capa de pintura de color rojo amarillento, la hacían parecer como afectada por algún tipo de desagradable enfermedad ulcerosa. El aspecto de este lugar infame, hacía poner inmediatamente en guardia al visitante contra la infección que cobijaban sus muros.

Penetramos en el lugar a través de un zaguán estrecho, hasta llegar a una escalera de caracol, grasienta y llena de porquería, débilmente iluminada por el parpadeo de un mechero de gas asmático. Sin el pasamanos, hubiera sido imposible ascender por aquellos escalones totalmente embarrados.

Al llegar al primer piso, una vieja bruja de cabello gris, y rostro hinchado y descolorido, vino a recibirnos. Tal vez fueran sus ojos legañosos y sin pestañas, o su expresión lasciva, o tal vez el oficio que ejercía, lo que me horrorizó; el hecho es que sentí asco ante ella. Jamás en mi vida había contemplado un rostro tan repugnante. Su boca babosa y sus encías faltas de dientes, y sus labios flácidos repelían a primera vista. Después de grandes zalamerías y de llenarnos de obsequiosas palabras, nos introdujo en una habitación de techo bajo, crudamente alumbrada por lámparas de petróleo. Espesos cortinones en las ventanas, algunos viejos sillones y un largo diván raído y desvencijado, completaban el mobiliario de esta habitación, que apestaba a la vez a mohos y a cebollas.

Dotado como entonces estaba yo de una imaginación muy viva, percibí inmediatamente por debajo del repelente y dominante olor de mohos, el del ácido carbónico y el yodo. En este antro se encontraban, repartidas por los sillones, y de pie en las esquinas, varias mujeres... —¿cómo podría yo llamarlas?— ¿sirenas? No, más bien arpías.

Aunque intentaba adoptar una actitud indiferente, mi cara, estoy seguro, expresaba todo el horror de la situación. «¿ésta es, pues —me decía— una de esas deliciosas casa de placer, de las que tantas sugerentes historias he oído contar?»

Aquellas jezabeles horriblemente pintadas, hieráticas o hinchadas, debían, pues, ser las hijas de Pafos, las seductoras sacerdotisas de Venus, cuyos encantos mágicos sobreexcitaban los sentidos, las huríes sobre cuyos senos los hombres se sentían desfallecer y transportar al séptimo cielo.

Mis camaradas, dándose cuenta de mi estupefacción, empezaban a burlarse. Yo tomé asiento e intenté sonreír estúpidamente.

Tres de aquellas criaturas vinieron pronto a sentarse a mi lado, y una de ellas, rodeando con su brazo mi cuello, quiso, después de haberme besado, traspasar con su lengua mi boca, mientras las otras me manoseaban de la manera más indecente. Cuanto más yo me resistía, más se me enlazaban ellas, formando todos juntos una especie de nuevo Laoconte.

—¿Por qué diablos le habían elegido a usted como víctima?

—¿Y yo lo sé? Tal vez a causa de mi expresión inocente, o bien porque veían a los otros burlarse de mi aire aterrorizado.

Una de las criaturas, una muchacha alta y morena, seguramente italiana, se encontraba claramente en el último grado de consunción. Era un verdadero esqueleto viviente; y, sin embargo, por debajo de su máscara blanca y roja, guardaba aún restos de su antigua belleza.

Al verla, cualquier persona no acostumbrada a semejante espectáculo, hubiera experimentado una profunda piedad.

La segunda, una pelirroja que no tenía más que la piel y los huesos, y picada de sarampión, era bizca y totalmente repulsiva.

En cuanto a la tercera, baja, vieja, tripuda y obesa, un verdadero saco de grasa, respondía al nombre de la Cantinera.

La primera de las tres iba vestida de verde, la pelirroja llevaba un vestido que había sido azul en otro tiempo, y la vieja gorda vestía de amarillo.

Estos vestidos, por otro lado, cubiertos de manchas y gastados hasta enseñar la trama, estaban además llenos de regueros y salpicaduras, como si todos los caracoles de la Borgoña se hubieran concentrado en ellos para un competición.

Conseguí desembarazarme de las dos más jóvenes, pero no así de la Cantinera, quien viendo que ni sus manoseos ni sus encantos producían en mí el más a mínimo efecto, empezó a usar, para excitar mis rebeldes sentidos, medios desesperados.

Me hallaba, creo haberlo dicho ya, sentado en un diván bajo; poniéndose de pie delante de mí, se levantó las faldas hasta la cintura, mostrándome sus encantos hasta entonces ocultos. Era la primera vez que contemplaba la desnudez de una mujer, y ésta la encontraba ciertamente repugnante. Bien pensado, y visto desde aquí, su cuerpo podía compararse con el de la Sulamita, ya que su cuello era semejante al de la Torre de David, su ombligo como un cubilete, y su vientre igual que un saco de harina putrefacta. En cuanto a su vello, comenzaba en la cintura y llegaba hasta las rodillas, y no ciertamente

como el rebaño de cabras de que habla Salomón, sino tan espeso, que podía rivalizar con el pellejo de un macho cabrío completamente negro.

Sus piernas, a semejanza de las descritas en el cantar bíblico, formaban dos columnas macizas, derechas como postes, y sin rastro de corvas ni tobillos. De hecho, todo su cuerpo era una masa grasienta, blanda y temblequeante. Y, si bien su olor no era el de los cedros del Líbano, sí era, ciertamente, una mezcla de moho, pachulí, pescado podrido y sudor; cuando mi nariz entró en contacto con su pubis, el olor de pescado fue entonces dominante.

La Cantinera se exhibió así ante mí, durante un minuto largo, luego, acercándose más, puso uno de los pies sobre el diván, abriendo las piernas cuanto podía, y cogiendo mi cabeza con sus manos sucias y pegajosas, dijo:

–Ven cariño, hazle cosquillas a tu gatito.

Al tiempo que la oscura masa de vello se abría, dejando al descubierto dos enormes labios, y en medio de estos bordes babosos, cuyo color tenía el aspecto de una res recién abierta en canal, pude ver algo semejante a la extremidad de un pene perruno, que apuntaba en dirección a mi boca.

Todos mis camaradas, para asombro mío, se echaron a reír a carcajadas. Yo me preguntaba por qué, ya que no tenía la menor idea de lo que quería decir con «hacer cosquillas», ni lo que pretendía la vieja prostituta, y no comprendía tampoco cómo un acto tan repugnante podía prestarse a bromas.

–¿Y cómo terminó tan alegre velada?

–Se sirvieron bebidas, cerveza, licores, y botellas de una bebida espumosa a la que pretendían llamar champán, y que nada tenía que ver con el producto francés, aunque las mujeres de la casa no le hacían el más mínimo asco. Después de esto, y no queriendo dejarnos marchar sin habernos divertido con sus peculiares habilidades, así como para sacarnos algún dinero más, nos propusieron montarnos una representación especial.

Se trataba, al parecer, de un espectáculo raro, y seguramente el que habíamos venido en principio a ver, porque mis camaradas aceptaron de inmediato, entusiasmados. Allí mismo, el saco de grasa comenzó a desnudarse y a mover las piernas en una mala imitación de la danza del vientre. La desdichada tísica siguió su ejemplo, y, de un solo movimiento del cuerpo, dejó caer toda su ropa.

A la vista de aquella enorme masa de carne blanda, bailando sobre los muslos columnados, la criatura delgada levantó los brazos y aplicó una sonora nalgada en el trasero inmenso de la Cantinera, pareciendo, al hacerlo, como si su mano se hundiera en un montón de manteca.

–¡Ah! –exclamó la obesa– , ¡así que es éste el juego que os place! — y

respondió a la nalgada con otra aún más sonora en el huesudo trasero de su oponente.

Como impulsada por el golpe, la tísica comenzó a correr entonces alrededor de la habitación, perseguida por la Cantinera, que intentaba propinarle nuevas cachetadas en el trasero.

Al ir a pasar, en una de las vueltas, la vieja prostituta por el lugar donde se encontraba Walter, éste le propinó a su vez un cachete en las nalgas, en lo que todos los otros siguieron, empezando las nalgas de las dos mujeres a llenarse de gruesos moretones.

Habiendo conseguido al fin la obesa capturar a la tísica, la sentó sobre sus rodillas, diciendo: «Ahora, querida, vais a recibir lo que merecéis».

Y uniendo el acto a la palabra, comenzó a administrarle una buena paliza en los magros glúteos.

Pasando luego, para dar variedad al espectáculo, a los besos y las caricias, muslo con muslo, pecho con pecho. A continuación, apartando el vello que recubre el pubis, y separando los labios oscuros, espesos y flácidos, se pusieron a frotar los clítoris, agarrándose mutuamente las piernas, y juntando las bocas, comenzaron a pasarse así sus fétidos alientos, y a chuparse una a otra la lengua, al tiempo que se frotaban, se manoseaban, se revolvían una contra otra, entregándose a mil contorsiones, para expresar la intensidad de su placer.

Finalmente, la tísica, tomando el trasero de la gorda, abrió sus enormes glúteos, y gritó:

–¡Un pétalo de rosa!

Yo me preguntaba qué querría decir con aquello y dónde iban a buscar el citado pétalo, puesto que no había flor alguna en la habitación. Y suponiendo que la hubiera, ¿qué pensaba hacer con ella?

Mi asombro no duró mucho; el saco de gelatina hizo a su amiga lo que ésta le había hecho, y otras dos criaturas, entonces, arrodillándose ante los traseros que las otras mantenían abiertos, introdujeron sus lenguas en el negro agujero de sus anos, y se pusieron a lamerlos con gran placer de todas las restantes prostitutas, de las así cosquilleadas y de los asistentes.

No contentas con esto, las arrodilladas, introduciendo el índice entre los muslos de las que les ofrecían el trasero, se dedicaban a una vigorosa labor de frotamiento.

La tísica, entre la masturbación, el manoseo y las lengüetadas, se retorció frenéticamente, jadeaba, sollozaba, gritaba de placer y casi de dolor, hasta caer por fin agotada.

–¡Ay! ¡Ay! ¡Basta! ¡Basta ya!

Y con suspiros monosílabos expresaba la intensidad de su goce.

–Ahora me toca a mí –dijo la Cantinera, entendiéndose sobre un sofá y abriendo ampliamente las piernas, hasta dejar totalmente abiertos, como en un bostezo, los labios situados entre ellas, por donde asomaba un clítoris de tales dimensiones, que en mi ignorancia tuve que concluir que se trataba de una hermafrodita.

La otra furcia –era la primera vez que yo escuchaba esta expresión–, que por entonces empezaba a recobrarse ya de su pasmo, introdujo la cabeza entre las piernas generosamente abiertas de la obesa, empezando a acariciar con su lengua el clítoris tenso, húmedo y congestionado de la otra, y colocándose de tal manera que sus partes sexuales quedaban a la altura de la boca de la vieja. De nuevo comenzaron los gemidos, las fricciones, las sacudidas de trasero y las contorsiones, mientras los cabellos de ambas, desparramados por el sofá, caían hasta el suelo. Se restregaban una a otra con rabia, hurgándose mutuamente el ano con los dedos índices, o cosquilleándose los pezones y arañándose por todas partes, igual que dos ménades, llenas de furia erótica, que sólo al besarse lograban ahogar sus gritos espasmódicos.

Su lascivia iba en continuo aumento, sin que en ningún momento parecieran agotadas, mientras la maciza mujerona, llena de rabia lúbrica, apretaba con todas sus fuerzas la cabeza de su favorita, con tal violencia que tal parecía querer engullirla entera en su vagina.

Lleno de repugnancia, me volví para no ver nada más de esta escena repugnante, pero otras aún más repugnantes empezaban a ocurrir a mi alrededor.

Las restantes prostitutas habían empezado a desabrochar las braguetas de mis compañeros, y unas, con el miembro en la mano, acariciaban los testículos, recorriéndoles la verga con la lengua, mientras otra, arrodillada ante un imberbe muchacho, le succionaba ávidamente el pene, y una tercera, sentada a horcajadas sobre las piernas abiertas de otra de mis camaradas se agitaba de arriba abajo, como un bebé que jugara a los caballitos. Fuera porque el número de mujeres no era suficiente, fuera por pura diversión, una cuarta prostituta se agitaba entre las vergas de otros dos de mis compañeros, que la penetraban a la vez por delante y por detrás. Muchos más horrores ocurrían en aquella habitación, además de éstos, pero no tuve tiempo de ver ya más.

Muchos de mis camaradas, que habían llegado ya a la casa bien repletos de champán, absenta y cerveza, empezaron a sufrir náuseas, y, entre convulsiones, comenzaban a arrojar al suelo cuanto contenían sus estómagos.

Y en medio de tan descorazonador espectáculo, la tísica tuvo de repente una crisis histérica; se echó a gritar y a sollozar, sin que la inmensa furcia obesa, en medio de su furor erótico, le permitiera levantar la cabeza, manteniéndola con la boca pegada al lugar que poco antes cosquilleaba con su lengua, mientras a voz en grito le decía:

–¡Lámeme, lámeme más fuerte!... ¡No apartes la lengua!... ¡Ya me viene!, ¡ahora!... ¡lámeme, chúpame, muérdeme la macabra criatura!

Sin embargo, en medio del paroxismo, había conseguido retirar la cabeza.

–Mira qué caverna – dijo Walter, mostrándome la inmensa abertura de la prostituta obesa, que aparecía como un inmenso pozo negro en la mitad del tupido vello pubiano–. Voy a meterle mi dardo allí dentro y a frotarlo. Ahora verás.

Quitándose el pantalón, se disponía a cumplir lo que acababa de anunciar, cuando por toda la pieza resonó una tos cavernosa, seguida de un grito desgarrador; y, antes de que pudiésemos llegar a comprender lo que estaba ocurriendo, vimos el cuerpo de la diabólica obesa recubierto de sangre y a la tísica caída a su lado. En un acceso de lubricidad, ésta había hecho romperse sin duda una de las venas del pecho, y yacía en el suelo moribunda – ¿moribunda?–. ¡Qué va! Muerta ya...

–¡Ah, la muy puerca! –exclamó la patrona cuya cara hinchada asomó en aquel momento por la puerta–.

Se acabó la historia con esta guarra y me debía dinero... sí que me debía...

No recuerdo la suma que mencionó en aquel momento, pero, al mismo tiempo, la Cantinera seguía retorciéndose en el sofá, manoseándose aún, llena de rabia, hasta que, sintiendo por fin la tibieza de la sangre que la inundaba, comenzó a chillar y a patear frenéticamente... Había llegado por fin al orgasmo.

El jadear de la moribunda quedó así mezclado con los gritos de placer de la otra.

Yo me aproveché de la confusión que siguió a esta escena para escabullirme, para siempre curado de la tentación de visitar más «Casas de placer».

Capítulo IV

Volvamos a la historia principal, si le parece. ¿Cuándo volvió usted a ver a

Teleny?

–No antes de un cierto lapso. La cuestión es que, por más que me sintiera irremediadamente atraído hacia él, una fuerza misteriosa me impedía constantemente ir a su encuentro, llevándome a evitarlo; pero, cuando alguna vez tocaba en público, corría inmediatamente a oírlo, o más bien, a verlo, sintiéndome vivir tan sólo en aquellos cortos instantes. Mis gemelos quedaban fijos en él; y su figura de semidiós, tan llena de juventud, de vida, de virilidad, me mantenía como hipnotizado.

Mi violento deseo de apretar mi boca contra la suya, penetrando sus labios, me excitaba hasta el punto de sentir humedecérseme el pene.

En determinados momentos, el espacio que nos separaba parecía acortarse de tal modo, que yo podía respirar casi el perfume de su cálido aliento, y sentir su contacto en mi propia carne.

La sensación que me producía la idea de su piel desflorando la mía excitaba de tal manera mis nervios que este goce empezaba por causarme un delicioso respingo, para terminar ocasionándome, en su prolongación, un acuciante dolor.

Él parecía tener siempre la intuición de mi presencia en el teatro, porque sus ojos intentaban descubrirme entre la muchedumbre, si bien yo sabía que no podía verme, escondido como estaba en un rincón de la platea, en paraíso, o en el fondo del palco; y, sin embargo, donde quiera que yo me escondiera, sus miradas se dirigían indefectiblemente hacia el lado donde me ocultaba. ¡Ah, aquellos ojos! Ojos insondables como la negra superficie de un pozo sin fondo...

Aún hoy, cuando los rememoro, después de tantos años, mi cabeza da vueltas. Si hubiera usted visto aquellos ojos, conocería esa ardiente languidez que tan a menudo describen los poetas del amor.

De una cosas estaba sobre todo orgulloso, y es que, después de la famosa velada de caridad, donde lo había visto por primera vez, Teleny tocaba de una manera, si no teóricamente más correcta, sí con mucho mayor brío y sentimiento. Ponía toda su alma en aquellas voluptuosas melodías húngaras, y aquellos cuya sangre no estaba congelada por la edad o los celos, se extasiaban ante esta música divina.

Su nombre empezaba a atraer a un numeroso público, y, aunque los críticos se hallaban divididos en sus apreciaciones, los periódicos le consagraban largos artículos.

–Me asombra que, lleno de amor como usted estaba, tuviera el valor de sufrir y resistir la tentación.

–Yo era joven, y tenía escasa experiencia, era por tanto una persona «moral». ¿Y qué es la moralidad sino el prejuicio?

–¿Un prejuicio? ¿De verdad lo cree así?

–Sin duda. ¿Acaso la naturaleza es moral? ¿Acaso el perro que olisquea y lame con evidente satisfacción la vagina de la primera perra que encuentra perturba su cerebro exento de sofismas con la más mínima idea de la moralidad? ¿Acaso el caniche que intenta sodomizar al pequeño gozque que cruza por la calle se preocupa lo más mínimo por la opinión de los censores de la raza canina?

Yo, en cambio, a diferencia de los perros y los caniches, me hallaba imbuido de todo tipo de ideas falsas; ésta es la razón de que, tan pronto pude comprender la verdadera naturaleza de mis sentimientos por Teleny, me sentí embargado por el horror e intenté ahogarlos.

De haber conocido mejor la naturaleza humana, hubiera abandonado Inglaterra y me hubiera ido a las Antípodas, poniendo al Himalaya como barrera entre él y yo.

–Eso quizás le hubiera permitido cambiar de objeto y satisfacer su gusto natural con algún otro; o tal vez con él mismo, de haberlo encontrado tiempo más tarde.

–Tiene usted razón. Si bien, según los fisiólogos, el cuerpo del hombre cambia cada siete años, sus pasiones permanecen siempre las mismas, y se conservan en él, aunque sea en estado latente. Su naturaleza no mejorará por el hecho de darle vía libre. Sigue equivocándose y confundiendo a los otros, mostrándose siempre bajo una luz que no es la verdadera. Yo sé, por ejemplo, que he nacido sodomita, pero la culpa es de mi constitución, no mía.

He leído cuanto hay escrito sobre el amor entre varones, sobre ese detestable crimen contra natura que nos han enseñado, no sólo los dioses, sino también los más grandes hombres de la Antigüedad, comenzando por el legislador Minos, quien probablemente sodomizó a Teseo.

En aquel momento yo consideraba todo esto como una monstruosidad, como un crimen peor que la idolatría, tal como lo dice Orígenes. Y, sin embargo, tuve que admitir que el mundo, incluso después de la destrucción de las Ciudades Malditas, seguía cayendo con frecuencia en esta aberración, pues las hijas de Pafos, durante los gloriosos días de Roma, con más que mediana frecuencia era menospreciadas por los hermosos varones de la isla.

El cristianismo llegó a tiempo para barrer los monstruosos vicios del Mundo Antiguo, y el catolicismo, más tarde, se dedicó a quemar... en efígie, a cuantos malgastaban su simiente. Los papás tuvieron sus castrados, los reyes

sus pajes, y si la Iglesia cerraba los ojos sobre la pederastia de sus sacerdotes, monjes, legos y profesos, es justamente porque la religión no comprendía que su instrumento servía para fabricar niños...

En cuanto a los templarios, si tuvieron que ascender a la pira, no fue ciertamente debido a su pederastia, que era de dominio público, sino porque el rey de Francia codiciaba sus riquezas.

Resulta divertido constatar que todos los escritores acusan a las naciones vecinas de esta abominación; dejando exenta sólo la suya.

Los judíos reprochaban ese vicio a los gentiles, y los gentiles a los judíos. Lo mismo ocurrió con la sífilis. De acuerdo con los escritos de la época, los ovejas negras contaminadas, traían del extranjero esa perversión de gusto. ¿No decía hace poco un manual médico moderno que el pene del sodomita se adelgazaba y aguza hasta semejarse al de un perro, y que la boca habituada a las prácticas viles se deforma? Al leer tal cosa, yo temblaba de repugnancia y horro... y la sola vista de dicho libro me hacía palidecer.

—Mi posterior experiencia me demostró la falsedad de tales patrañas; confieso haber conocido cantidad de prostitutas, además de otras muchas mujeres, que se servían de su boca para cosas bien distintas del rezar a Dios o besar la mano de un confesor, y jamás noté deformación alguna en sus labios.

¿Lo ha notado usted?... En cuanto a mi verga, el enorme champiñón que la corona... pero dejémoslo. Por esta época me torturaba, pues, temiendo haber cometido, moral, si no físicamente, el horrible pecado.

La religión mosaica, endurecida por la Ley del Talmud, había inventado una especie de capucha para el acto de la copulación. Esta vaina envolvía el cuerpo entero del marido, sin dejarle más que una estrecha hendidura (parecida a las de las bragas infantiles), suficiente para hacer pasar el pene y permitirle arrojar el esperma en los ovarios de la esposa y fecundarla, impidiéndole al máximo el placer carnal. ¡Ah ,sí!, pero hace tiempo que se ha dejado de lado el capuchón, y ahora sólo se encapuchona a los halcones. Sin embargo, ¿no estamos ahora envueltos con un capuz aún peor? Esa Ley Mosaica que es la nuestra, ampliada por los preceptos místicos de Cristo, se ha vuelto aún más severa en el ámbito de la hipocresía protestante. Pues, si, como los calvinistas afirman, se comete adulterio cada vez que se codicia a una mujer, ¿acaso no cometía yo un crimen de sodomía cada vez que deseaba a Teleny o pensaba en él?

Había momentos, sin embargo, en que la fuerza de la naturaleza ahogaba en mí todos mis prejuicios; hubiera entregado de buena gana mi alma a la perdición, ¿qué digo?, mi cuerpo a las llamas eternas, por poder huir con él a cualquier parte, a los confines de la tierra, o a un isla desierta, donde desnudo

como Adán, hubiera vivido durante años con él, en pecado mortal, saciándome con fascinante belleza.

Sin embargo, decidí alejarme carnalmente, y limitarme a ser su inspirador y el guía de sus pensamientos, ayudando así a hacer de él un artista grande y célebre. En cuanto al fuego que me devoraba, pensaba que llegaría a dominarlo.

Yo sufría. Día y noche mis pensamientos volaban hacia él. Mi cerebro bullía, mi sangre se caldeaba, y mi cuerpo estaba en un estado de constante agitación. Recorría cada día los periódicos para saber lo que se decía de él, y cuando su nombre aparecía ante mis ojos, mi mano temblaba sosteniendo la hoja. Si mi madre o cualquier persona citaba su nombre, palidecía y me sonrojaba alternativamente.

Recuerdo el choque de placer, mezclado con celos, que sentí cuando por primera vez vi su retrato en un escaparate, colocado al lado de los de otras celebridades.

Lo compré de inmediato, pero no por el sólo placer de poseerlo, sino también para que nadie más lo contemplara.

—¡Diablos! ¿Hasta ese punto era usted celoso?

—¡Hasta la locura! Después de cada concierto, yo lo seguía de lejos, sin que él se diera cuenta.

Generalmente andaba solo. Pero una tarde lo vi subir a un coche de alquiler que se hallaba situado ante la salida de artistas. Había alguien dentro:

¡Una mujer! Con un respingo, decidí seguir al coche. Éste se detuvo ante la puerta de una casa, y yo mandé también detenerse a mi cochero.

Teleny bajó del coche y ofreció su mano a una dama cuidadosamente velada. Luego, despidió al cochero, y penetraron en la casa.

Di orden a mi cochero de esperar. Era una cálida noche de verano y la calle era la tranquila Belgrave. Las avenidas del cercano parque perfumaban el ambiente e impregnaban el ánimo de una voluptuosa tibieza. Esperamos una buena parte de la noche. Hacia las dos de la mañana, el coche de antes volvió a aparecer ante la puerta y se detuvo. Al cabo de pocos minutos la puerta de la casa se abrió y la dama salió acompañada de su amante. Mi coche los siguió hasta su nuevo destino, la casa de ella, y pocos días más tarde pude saber cuál era su nombre.

Se trataba de una gran dama, de intachable reputación, una condesa con la que Teleny había tocado algunos dúos en varios conciertos.

Y ahora voy a contarle una cosa casi increíble. Mientras me encontraba en

el interior de mi coche de alquiler, con el corazón oprimido por la angustia, y en un estado a la vez de sobreexcitación nerviosa y semiinconsciencia, caí de repente en una especie de estado somnoliento. Me pareció como si mi espíritu abandonara mi cuerpo y se disgregara para seguir como una sombra al cuerpo del hombre que yo amaba. Puedo asegurarle que no se trataba de una alucinación. Por extraño que parezca, en semejante estado pude vivir todos los actos y experimentar todas las sensaciones de mi amado.

En efecto, apenas hubo la dama cerrado la puerta, estrechando a Teleny en sus brazos, dio a éste un beso largo, que hubiera resultado interminable, de no haber murmurado Teleny suavemente:

–Vayamos a mi apartamento, allí estaremos más cómodos. Y subieron las escaleras hasta llegar a él.

Ella miraba tímidamente en torno suyo, y, al verse sola en aquel piso de soltero con su joven dueño, enrojeció por un momento, como si se avergonzara de la imprudencia que estaba cometiendo.

–¡Oh, René! –dijo–. ¿Qué estará pensando usted de mí?

–Que usted me ama –respondió él.

–¡Oh, sí! ¡Le amo!

Y quitándose el abrigo, estrechó a Teleny en sus brazos, cubriendo con ardientes besos su frente, sus ojos, su boca, aquella boca que yo me abrasaban por besar.

Aspiró por un instante su aliento, y luego, como asustada de su propia audacia, le tocó los labios con la punta de la lengua; y, cada vez más enardecida, la deslizó hacia dentro de la boca de él, introduciéndola a golpes sucesivos. Este beso le infundía una lubricidad tal que tuvo que sujetarse a su cuello para no desfallecer.

Finalmente, tomando a Teleny de la mano, se la colocó sobre sus senos, para que aquél se los cosquilleara, viéndose pronto embargada de placer.

–¡Oh, Teleny, Teleny! –murmuró en un susurro–, ¡deténgase, por favor, es demasiado!

Y tomando una de sus piernas entre sus muslos, empezó a frotar contra ella, con todas sus fuerzas, sus partes sexuales.

A pesar de los celos que me devoraban, no podía dejar de constatar de qué modo la calma de mi amado en esto momento difería del alborozo que parecía experimentar la noche en que, quitándose su ramillete de heliotropo, lo colocó en mi hojal.

Aceptaba pacientemente sus caricias, sin devolvérselas, y le acariciaba los

senos como la misma calma con que se hubiera puesto a arreglarle las uñas.

Al principio, ella tomó esta frialdad como una señal de timidez, y no se ofendió.

Se hallaba suspendida de él, con uno de sus brazos rodeándole la cintura, y el otro colgando de su cuello; sus hermosos dedos cubiertos de anillos jugaban con sus bucles y acariciaban su nuca, mientras él continuaba tranquilamente con su trabajo de cosquillearla.

Hundiendo su mirada en la suya, ella exhaló entonces un suspiro.

–Usted no me ama. Lo veo en sus ojos, No está usted pensando en mí. Piensa en otra.

Era verdad. Su pensamiento colaba hacia mí, amoroso y lánguido; y al oírlo decir esto, se excitó, la tomó en sus brazos, la manoseó, la besó con mayor ardor aún de lo que había hecho hasta entonces, y sorbiéndole la lengua, le introdujo la suya en su boca.

Tan pronto pudo ella reponerse de este ataque, exclamó:

–¡No! ¡Estoy equivocada! ¡Me ama! ¡Yo veo que me ama!, y no me desprecia por estar aquí, ¿verdad?

¡Ah! ¡Si pudiera usted leer en mi corazón y ver cuánto le amo!

Y lo envolvió en una mirada apasionada.

–Sin embargo, piensa usted que soy una mujer ligera. ¿Verdad? Una mujer adúltera –añadió, escondiendo la cara.

Él se compadeció de ella y, tomándole las manos, la besó.

–No imagina usted los esfuerzos que he hecho para resistirle, para, al fin, caer vencida. No me ha sido posible. Un fuego me devora por dentro. Mi sangre ya no es sangre, es un filtro ardiente. Ya no tengo voluntad –dijo ella, levantando la cabeza, como para desafiar al mundo–; aquí estoy, haga de mí lo que quiera, sólo ¡dígame que me ama! ¡Oh, sí, dime que no amas a otra mujer! ... ¡Júralo!

–Lo juro –respondió él–, no amo a otra mujer.

Y, sin poder comprender el verdadero sentido de estas palabras, ella añadió con pasión:

–Vuelve a repetirlo, dilo de nuevo. Es tan dulce oírlo decir de labios de aquel a quien se ama.

–Te aseguro que nunca he deseado tanto a una mujer como te deseo a ti.

–¿Deseado? –repitió ella, despechada.

–Amado, quiero decir.

–¿Te atreverías a jurarlo?

–Sobre la cruz, so así lo exiges –añadió él sonriendo.

–¿Y no tienes una mala opinión de mí por haber venido aquí? Pues bien, has de saber que eres el primer hombre con quien traiciono a mi marido; y Dios es testigo de que siempre le he sido fiel. Pero me amor disculpa mi pecado. ¿No es así?

Teleny no respondió de inmediato: sus ojos vagaban soñadores; luego, como quien sale de un sueño, dijo de repente:

–El pecado es lo único que da valor a la vida.

Ella lo miró, un poco asombrada, luego lo besó y respondió:

–Tal vez tienes razón: sí, así es. El fruto prohibido es agradable a la vista, al tacto, al gusto y al olfato.

Se sentaron en un sofá, con los brazos entrelazados, y él deslizó una mano, tímidamente y un poco casi con disgusto, debajo de sus faldas.

Ella se la tomó y lo detuvo.

–No, René, se lo ruego. ¿No podríamos amarnos con un amor platónico? ¿No le bastaría con eso?

–¿Le basta eso a usted? –dijo él, casi con severidad.

Ella apretó sus labios contra los suyos, dejó libre su mano, y los dedos de Teleny comenzaron a escalar por su pierna, desde la rodilla. Los muslos, estrechamente cerrados, le impedían el paso, le dificultaban el acceso hasta las zonas ocultas.

Empleando una cierta violencia, él se abrió paso de nuevo, acariciando las carnes por debajo de las enaguillas de fina tela, y avanzando con sabio método, llegó a su meta. Su mano penetró por la abertura y palpó la piel dulce y cálida.

–¡No, no! –dijo ella, intentando aún detenerlo–. Se lo ruego, ¡me hace cosquillas!

Defensa ésta que no hizo sino excitarlo, hasta acabar hundiendo sus dedos en el intersticio que ocultaba el vellón.

Ella continuaba apretando las piernas, tanto más fuertemente cuanto los dedos invasores tanteaban ya lo labios húmedos. Pero el contacto electrificante de éstos acabó por vencer su resistencia: sus nervios se distendieron y los músculos quedaron relajados, mientras la extremidad del dedo de Teleny

penetraba en la hendidura, donde un delicioso botón se erguía para recibirlo.

Pronto empezó ella a exhalar suspiros profundos, y abrazando a Teleny, hundió su cabeza en su hombro.

—¡Oh, qué delicia! ¡Qué fluido magnético posee usted para hacerme experimentar semejante placer!

Sin responderle, Teleny se desabrochó el pantalón y, tomando la delicada mano de la condesa, intentó introducirla en la bragueta. Ella se resistió, pero débilmente, no deseando en el fondo otra cosa. Cediendo, al fin, empuñó valientemente el pene de su oponente que, tenso y duro, se agitaba como un badajo nervioso.

Tras unos instantes de voluptuosa manipulación, sus labios se unieron. Con un movimiento imperceptible, él la tendió sobre el sofá y, levantándole ligeramente las piernas, retiró las enaguas, sin apartar la lengua de su boca, ni su dedo del clítoris, empapado ya por el rocío.

Habían llegado al punto deseado; no había necesidad de abrir los labios inferiores, que se entregaban por sí mismos, para facilitar la entrada del diosezuelo amoroso.

De un vigoroso empujón él lo introdujo en el vestíbulo del templo, y haciendo un segundo esfuerzo, lo introdujo a más de medio camino, haciéndolo llegar al fondo del santuario con un tercero. Ella no estaba en los primores de la juventud, pero estaba en plena flor. La firmeza de sus carnes y lo estrecho de su conducto exigían cierto esfuerzo. Unos ligeros embates más, y el dios quedó firmemente alojado en el tabernáculo. Entonces, y mientras con una mano le acariciaba los senos, Teleny empezó a explorar con la otra la zona de las nalgas, las apartó, e introdujo en el orificio trasero el dedo corazón.

Ensartada así por ambos lados a la vez, la condesa flotaba como en un éxtasis.

Después de algunos segundos de seguir este juego, le tocó a Teleny compartir las delicias. El fluido lechoso, acumulado durante todo este tiempo, no pedía otra cosa que salir, y así lo hizo, inundando en espesas oleadas la vagina, desbordándola, mientras ella, calmada por el licor de la vida, revelaba su felicidad con suspiros y gritos. Sus fuerzas, en este momento, la abandonaron; sus brazos y piernas se pusieron rígidos; y quedó tendida, como sin vida, sobre el diván, mientras él, extendido sobre ella, quedaba igualmente quieto, tras haber dado al conde la posibilidad de tener por heredero a un pequeño bohemio. Al poco, se levantó y la hizo volver en sí; ella, tomándole las manos, vertió sobre ellas un torrente de lágrimas.

Una copa de champaña trajo a su cabeza una impresión menos lúgubre de las cosas del mundo. Y la ligera cena que siguió, acompañada de algunos tragos más, bebidos en la misma copa, acabaron por disipar su tristeza.

—¿Por qué no nos ponemos cómodos, querida? —dijo él—. Voy a darte ejemplo, ¿quieres?

—De mil amores.

Teleny se quitó su corbata blanca, se arrancó ese apéndice inútil y tieso, llamado cuello postizo, inventado por una moda estúpida con el solo fin de torturar a la humanidad, y siguieron a éste la pechera y el resto de las prendas, sin conservar otra cosa que la camisa y el pantalón.

—Ahora, querida, permíteme servirte de doncella.

La hermosa dama se resistió al principio, pero algunos besos acabaron por decidirla, y las prendas fueron cayendo al suelo una a una, exceptuando una camisa transparente de crepé de China, las medias de seda negra y los zapatos de raso.

Teleny comenzó a cubrir de besos su cuello y su nuca, y sus brazos desnudos, frotando sus mejillas contra el negro ramillete de sus axilas, y todo ello sin cesar de cosquillearla como antes había hecho; ella temblaba, bajo la acción de este cosquilleo implacable, mientras la hendidura de entre la piernas, abriéndose como en un bostezo, dejaba asomar el clítoris, parecido a una baya de espino, que asomaba la cabeza como para ver qué ocurría.

Teleny la apretaba contra su pecho; y, su pene, saltando de la jaula donde se hallaba encerrado, se arrojó sobre la abertura presta a recibirlo.

La condesa se frotaba voluptuosamente contra él. Teleny, sintiéndola desfallecer, la extendió sobre la piel de pantera que hacía las veces de alfombra.

Toda intimidad y todo resto de pudor desaparecieron a partir de aquel momento. Los vestidos se esfumaron. Acostado sobre ella y apretándola con todas sus fuerzas, apunta e introduce su dardo, mientras ella, para ayudarlo a penetrar más profundamente, entrecruza tan fuertemente sus piernas sobre el lomo del arquero que éste apenas puede moverse. Este, no obstante, fricciona cuanto puede su receptáculo, y ello basta para que poco después de algunos sobresaltos mutuos y violentos, el líquido ardiente que él le inyecta le produzca un tal espasmo que la deja rígida y como inanimada sobre la alfombra, mientras él rueda a su lado, hasta quedar en idéntica posición.

Durante todo el tiempo que esta visión duró, yo permanecí postrado y semidesvanecido, tendido en el asiento del coche de alquiler. Luego, pude recobrar la facultad de reflexionar y razonar.

Hasta aquel momento yo había tenido la intuición de que mi imagen no había dejado de ésta presente en su cabeza, aun mientras gozaba de aquella mujer en la plenitud de la belleza la juventud. Pero el intenso placer que ella acababa de procurarle ¿no le habría tal vez hecho desaparecer de su espíritu?

¡Cómo lo detesté en ese momento! Hubiera querido ser una fiera para deshacerlo con mis garras, para torturarlo, para hacerlo pedazos. ¿Con qué derecho otorgaba su amor a otra? ¿Acaso había amado yo a otro ser en el mundo como lo amaba a él?

¿Hubiera podido yo acaso sentir placer con otra persona? No, mi amor no era un vulgar sentimentalismo, sino una de esas pasiones enloquecedoras, que dominan los cuerpos y traspasan el cerebro.

Si amaba a las mujeres, ¿por qué había jugado conmigo la comedia del amor, obligándome a amarlo y haciéndome despreciable a mis propios ojos?

En medio del paroxismo de la excitación, me retorcía, me mordía los labios hasta hacerme sangre y clavaba las uñas en mi propia carne, llorando de vergüenza y de rabia. Poco faltó para que saltase del coche y me dirigiera a llamar a su puerta.

Este estado de depresión duró un breve tiempo, luego la alucinación volvió a capturarme... Los vi a ambos salir del estado de postración en que el exceso los había sumido.

Teleny la miraba en silencio. Ahora podía ver claramente sus rasgos...

—¿Dormís usted y había soñado todas esas escenas en el interior de su coche?

—En absoluto. Le aseguro que todo ocurrió tal como se lo cuento. Cuando, más tarde, pude relatar a Teleny toda mi visión, éste reconoció que todo había ocurrido tal y como yo lo había visto.

—¿Y cómo diablos puede ser eso?

—Por medio, sin duda, de una poderosa transmisión de pensamiento. No es absolutamente imposible. No me cree, ¿verdad? No soy el único que ha experimentado este tipo de visiones, y las actuales experiencias de los siquistas ofrecen numerosos ejemplos de esto.

—Bien, pues prosiga.

—Le decía, volviendo a él, que Teleny observaba a su amante, tendida a su lado sobre la piel de pantera.

Ella dormía profundamente. Era el pesado sueño que sigue a la fatiga amorosa. Como ocurre en la primavera con la savia de los árboles jóvenes, la saliva fluía de sus labios entreabiertos, por los que exhalaba igualmente una

respiración dulce y uniforme. Sus senos se erguían como si rebosaran de leche, y sus pezones tensos parecían reclamar la caricia de alguien; un temblor de deseo recorría todo su cuerpo.

Entre los muslos, su espeso toisón rizado, negro como el mismo azabache, se exhibía adornado por los destellos de las gotas perladas que lo recubrían.

Semejante espectáculo hubiera despertado la concupiscencia del mismo José –el único israelita a quien hayamos oído vanagloriarse de su castidad– y, sin embargo, Teleny, reposando la cabeza sobre su codo, la contemplaba con un expresión de absoluta indiferencia, de disgusto incluso, con la misma expresión de quien contempla los restos de comida y botellas que adornan una mesa de banquete, después de concluido éste. Le tapó las piernas con su camisa e hizo el mismo gesto de desprecio del hombre hastiado por una mujer que acaba de procurarle un placer culpable, envilecedor... y que, sabiéndose injusto hacia ella, la desprecia aún más.

Mi primera intuición volvió a saltarme entonces: ¡Así pues, no la amaba! ¡Sólo a mí pertenecía su afecto que por un instante había olvidado!

La condesa se despertó, al sentir frío, y creyéndose en la cama intentó cubrirse. Su mano, al comenzar a palpar para recoger las sábanas imaginarias no dio más que con la camisa, y abriendo los ojos encontró los de su amante que la miraba con una indefinible expresión de reproche. Asustada, pasó sus brazos por el cuello de éste.

–¡No me mires así! –dijo–. ¿Acaso soy tan repugnante? Ya veo. ¡Me desprecias! –y sus ojos se llenaron de lágrimas–. Tienes razón. ¿Por qué he cedido? ¿Por qué no he resistido al amor que me torturaba? Sí, no eres tú el culpable... soy yo la que te he buscado, la que te he perseguido, y ahora no siento hacia mí más que repugnancia. ¿No es así? ¡Confíesalo! ¡Amas a otra mujer!... ¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡Dime que no es así!

–No, no es así –respondió Teleny con viveza.

–Júramelo, júramelo!

–Ya te lo he jurado una vez, o al menos me ofrecí a jurarlo. ¿Para qué jurar, pues, si tú no me crees?

Aunque el amor se había apagado en él, Teleny experimentaba una dolorosa piedad por aquella joven enloquecida, que comprometía su reputación por arrojarse en sus brazos.

¿Qué hombre no se hubiera enorgullecido de la pasión que él inspiraba en una mujer joven, bella, rica y noble, que olvidaba los juramentos hechos a sus maridos para gozar sobre el corazón de su amante de unos pocos minutos de embriaguez? Pero ¿por qué estas desgraciadas otorgan siempre su amor a

hombres que generalmente no les hacen el más mínimo caso?

Teleny la consoló lo mejor que pudo, repitiéndole hasta la saciedad que no amaba a ninguna otra mujer, asegurándole que le sería eternamente fiel, en razón de su sacrificio; pero la piedad no es el amor, y la pasión poco tiene que ver con la violencia del placer.

Una vez satisfechos sus sentidos, la belleza de la que los había capturado perdía todo su atractivo. No obstante, volvieron a entrelazarse y él volvió a pasear, aburridamente, su mano sobre aquel hermoso cuerpo, desde la nuca hasta la raja profunda que separa las redondas y blancas colinas de los glúteos, caricias que provocaban en la joven mujer las más deliciosas sensaciones; él palpaba sus senos, pellizcando y mordisqueando sus túrgidos pezones, mientras sus dedos descendían hasta el cálido reducto escondido entre las espesuras del negro toisón situado entre los muslos. Ella suspiraba y temblaba de placer; pero Teleny, aún realizando este trabajo con la mayor maestría, permanecía gélido.

—¡Ah! Ya veo que no me amas; porque no es posible que tú, joven como eres...

No llegó a acabar, pero él sintió la mordedura del reproche, lo que lo enfrió más aún; ya que no son las recriminaciones las que ayudan a levantar el falo.

Tomando entre sus dedos calenturientos el objeto inerte, ella comenzó a acariciarlo, a manipularlo, enrollándolo entre sus dulces dedos, donde éste permaneció como un cánula de pasta blanda. Ella suspiró tan penosamente como siglos antes, en parecida situación, lo había hecho la amante de Ovidio, e imitando lo que aquella mujer inteligente había hecho siglos antes, agachó la cabeza y colocó aquel pedazo de carne inerte entre sus labios, aquellos labios pulposos, finamente esculpidos y aromados. Su boca engulló entero de inmediato, y comenzó a succionarlo con tanto placer como toma el bebé los flácidos senos de su nodriza; luego, volviendo a sacarlo, cosquilleó el glande con lengua experta.

El pene, aunque ya menos blando, seguía estando caído y sin fuerzas.

Usted sabe que nuestros ignorantes antepasados creían en esa práctica llamada «clavar las agujas», práctica que tenía por objeto dejar impotente a aquel a quien se le hacía. Nuestras modernas generaciones, mucho más ilustradas, han rechazado esta práctica como supersticiosa y grosera, y sin embargo, tal vez nuestros ignorantes antepasados tenían razón.

—¡Cómo! ¿Presta usted fe a esos cuentos ridículos?

—Ridículos y todo lo que usted quiera, pero se trata de hechos. Hipnotice usted a cualquiera y verá si no consigue tener poder sobre él.

–¿Acaso había usted hipnotizado a Teleny?

–No, pero una secreta afinidad unía nuestras dos naturalezas. Ésta es la razón de que, en aquel momento, sintiera yo una cierta vergüenza por Teleny. Por su parte, e incapaz de comprender esta relación oculta, su amante compraba aquel estado de flacidez al de un joven gallo que, después de haber cantado con todas sus fuerzas al amanecer, no es capaz ya sino de emitir quebrados cacareos.

Sentía una cierta pena por aquella mujer, y me decía que yo también me sentiría decepcionado de encontrarme en parecida situación. Y, sin embargo, me repetía casi en voz alta: «¿Acaso no estoy en su lugar?»

Este deseo tan vivamente formulado, reverberó en el cerebro de René; creyó que la boca de la condesa era la mía, que sus labios eran mis labios, y pronto su pene comenzó a tomar vida, a henchirse; los testículos adquirieron volumen de nuevo, y la erección fue tan fuerte, que a punto estuvo de llegar a eyacular.

Ella, asombrada por el cambio, y habiendo obtenido lo que deseaba, se detuvo; sabía perfectamente que «sobrepasar la meta, es perderla».

Teleny, sin embargo, temiendo que el rostro de la condesa llegara a borrar el mío, a pesar de su belleza, impidiéndole llevar a puerto su obra, la hizo girar sobre sí misma, presentándole su grupa.

Ella le dejó hacer con toda docilidad, apoyándose en las rodillas y con la cabeza baja, para ofrecerle un panorama lo suficientemente excitante como para que su instrumento, aún relativamente blando, alcanzara sus plenas dimensiones, agitándose hasta casi tocar su ombligo.

Por un instante, Teleny tuvo la tentación de introducir aquel aparato plenamente desplegado en el estrecho orificio que se ofrecía a sus ojos radiantes y que, sin ser la sede de la vida, sí es ciertamente la del placer. El temor de lastimar tan delicada joya le detuvo. Igualmente resistió la tentación de besarlo y penetrarlo con su lengua. Instalado entre sus piernas, tanteó con el glande una abertura mucho más espaciosa, pero que ahora parecía hinchada y tumefacta por los frotamientos anteriores.

Le hizo apartar las piernas lo más que pudo, y localizó la rendija con sus dedos entre la trabazón de fisuras, similares a un emparrado, que formaba la entrada; apartada de la maleza, frotó con su útil la cuenca ardiente, mientras el clítoris, dentro, se erguía al calor del placer.

La dama comenzó de nuevo su melodía de temblores y gemidos. Sujetándola con ambas manos por los hombros, él hundió su instrumento, con cierta dificultad al principio, debido a la tumefacción de las carnes; unas pocas

embestidas dieron rápidamente cuenta del obstáculo, y el bastón penetró hasta la raíz, hasta tocarse entre sí los dos toisones, y tan profundamente que ella exhaló un grito a la vez de placer y de dolor.

Durante casi diez minutos, una eternidad de delicias, ella tembló, gimió, suspiró, gimió y se extasió:

–¡Oh, aún lo siento! –gritaba en medio del abandono y la embriaguez del exceso–. ¡Más adentro!

¡Hasta el fondo! ¡Húndela! ¡Más, más rápido! ¡Eso, eso es! ¡Basta!, ¡basta!, ¡estoy muerta...!

Pero él no escuchaba, seguí hundiendo una y otra vez su instrumento con creciente vigor y, habiéndole ella suplicado en vano un minuto de respiro, comenzó a secundarlo con renovado ardor...

Durante todo este tiempo, sus pensamientos se concentraban en mí; la estrechez del conducto que recorría su pene, unido al cosquilleo de los labios vaginales, le procuraba una sensación que, redoblando su vigor, imprimía a su instrumento violentas sacudidas, traspasando por entero la delicada criatura que tenía debajo de sí. Finalmente, las puertas de los conductos seminales se abrieron y el chorro penetró hasta las últimas profundidades.

¡Momento de delicia indecible! Los músculos vaginales, contraídos, lo estrechaban, lo succionaban, lo vaciaban. Luego, y en medio de una convulsión espasmódica, cayeron una al lado del otro, inertes y estrechamente enlazados.

–¡Y así termina la epístola!

–No del todo, porque nueve meses más tarde la condesa trajo al mundo un magnífico niño...

–Que naturalmente, se parecía a su padre. ¿Acaso no se parecen los niños siempre a su padre?

–No. Éste resultó que no se parecía a su padre ni a Teleny.

–¿A quién diablos se parecía entonces?

–¡A mí!

–¡A usted! ¡Vaya una broma!

–Broma, si usted quiere... pero algo admirable, y, según me han dicho, el viejo raquíptico del conde está muy orgulloso de su hijo, porque ha descubierto un cierto parecido entre su único heredero y el retrato de uno de sus antepasados. Cosa ésta, que no deja nunca de señalar a sus visitantes como detalle de atavismo; y, cuando lleno de orgullo, comienza a extenderse

respecto a esto, la condesa se encoge de hombros y frunce desdeñosamente los labios, mostrando su poco convencimiento.

Capítulo V

No me ha dicho usted cuándo y cómo volvió a encontrarse con Teleny.

–Un poco de paciencia y llegará a saberlo todo.

Comprenderá usted que, después de haber visto a la condesa abandonar su casa de madrugada, llevando marcadas en su rostro las huellas de sus emociones, yo debía tener prisa por librarme de mi pasión criminal por René.

Durante algún tiempo llegué a persuadirme de que aquel hombre no significaba nada para mí. Y, sin embargo, cuando creía ya mi amor por él totalmente extinguido, no tenía más que mirarme, para que yo sintiera a este amor atenazarme más que nunca, apoderarse de mi corazón y arrebatarme la razón.

No tenía ya reposo, ni de día ni de noche.

Tomé la resolución formal de no ver más a Teleny, y no asistir tampoco a sus conciertos; pero las resoluciones de los enamorados son como lluvia de abril, y en el último minuto, bajo el menor pretexto, acababa cambiando siempre de opinión.

Ardía, además, por saber si la condesa o cualquier otra persona seguía compartiendo sus noches. Pero no, el conde, que estaba ausente, volvió inopinadamente de viaje y partió de nuevo para Niza, llevándose con él a su mujer.

No le quitaba, sin embargo, la vista a Teleny y, poco tiempo después, lo vi salir con Bryancourt. Esto no tenía nada de anormal. Caminaban del brazo hacia la casa del artista.

Yo los seguía de lejos. Y, si celoso había estado de la condesa, lo estaba ahora dos veces de Bryancourt. Si Teleny –me decía– pasa cada noche con un amante distinto, ¿por qué me aseguró que su corazón suspiraba por mí?

En el fondo de mi corazón, yo estaba seguro de que era a mí a quien amaba, y de que sus otros amores no eran más que caprichos, que mientras lo demás amores no eran sino meras satisfacciones de los sentidos, lo que sentía hacia mí era verdadero amor, amor profundo.

Llegados a la puerta de Teleny, ambos amigos se pusieron a charlar, sin

entrar a la casa.

La calle estaba desierta. Sólo algunos paseantes retrasados se apuraban por llegar a sus casas.

Camuflado en la esquina de la calle, no perdí ni uno solo de los movimientos de los dos conversadores.

Por un momento, llegué a creer que se separarían sin más porque veía a Bryancourt tender la mano y tomar la de Teleny. Me sentía feliz. Después de todo –me dije– he juzgado mal a Bryancourt; ¿por qué imaginarse que todos los hombres y todas las mujeres habrían de enamorarse de ese pianista?

Pero mi alegría duró poco; y la escena que siguió acabó de trastornarme: Bryancourt atrajo hacia sí a Teleny y... , sus labios se unieron en un largo beso, un beso que a mí me supo a hiel; luego, tras breve intercambio de palabras, la puerta se abrió y ambos desaparecieron tras ella.

Lágrimas de rabia, angustia y despecho empezaron a saltarme de los ojos; los dientes me rechinaban y me mordí los labios hasta hacerme sangre; luego, me arrojé como un loco sobre la puerta cerrada y comencé a dar puñetazos en ella. Se oyeron pasos y yo huí. Vagué por las calles hasta la madrugada; luego, azorado, física y moralmente herido, volví a casa.

Al día siguiente, volví a tomar la firme resolución de no volver jamás a los conciertos de Teleny, de no seguirlo nunca más, de olvidarlo; hubiera llegado incluso a abandonar la ciudad, si no hubiera encontrado un medio de librarme de este funesto amor.

Nuestra camarera acababa de casarse y mi madre, antes de marcharse a tomar las aguas, había tomado a su servicio –por razones que sólo ella conocía– una muchacha de pueblo de aproximadamente unos dieciséis años, pero que parecía aún mucho más joven: hecho bastante raro, puesto que las muchachas del campo siempre representan más edad de la que tienen. Estaba lejos de encontrarla bella, pero todo el mundo parecía quedar atrapado por sus encantos. Esta fresca flor de los campos no tenía, bien es verdad, ni el más mínimo asomo de rusticidad, ni grosería. Era, por el contrario, viva como un gorrión y graciosa como un gatito; añada usted a esto el frescor de la hijo del campo, y yo diría, la acidez casi de un fruto verde, de una fresa o una frambuesa nacidas entre el musgo, y tendrá su perfecta descripción.

A pesar de su origen pueblerino, uno de la representaba vistiendo ropas pintorescas, y tal vez un pañuelo rojo sobre los hombros, con la gracia salvaje de una joven cabritilla, presta a saltar al más mínimo ruido.

Tenía la grácil flexibilidad de un muchacho y se la habría confundido con uno de ellos de no ser por los senos firmes y redondos que podían adivinarse

debajo del corpiño.

Aunque sabía que ni uno solo de sus movimientos pasaba inadvertido para quienes la observaban, parecía no darse cuenta de la admiración que causaba y se mostraba ofendida cuando alguien le demostraba de palabra o por gestos.

Pobre de quien se atreviera a declararle francamente sus sentimientos; no tardaba ella en hacerle sentir que, junto con el frescor y la belleza de las rosas nacidas entre el musgo, tenía también sus espinas.

De todas las personas que conocía, yo era la única que jamás le había prestado la más mínima atención. Al igual que el resto de las mujeres, su figura y su cara me dejaban indiferente. Sin embargo yo era el único hacia el que ella mostraba cierta inclinación. Su gracia felina, sus maneras provocativas, que le daban la apariencia de un Ganímedes, acabaron por complacerme, y aunque no sentía por ella ni amor, ni la más ligera inclinación, pensé que, a través de ella, podría aprender a amar y a olvidar al otro. Y si realmente hubiera podido experimentar un poco de amor por ella, creo que hubiera llegado incluso a desposarla, antes que convertirme en un sodomita y atarme a un ser infiel a quien tan poco importaba.

—¿Acaso no podría yo —me decía— experimentar un poco de placer con esta muchacha, lo bastante como para calmar mis sentidos y adormecer mi cerebro enloquecido?

Y, sin embargo, ¿qué crimen era mayor: seducir a una pobre niña y perderla para siempre, haciéndola tal vez madre de un pequeño desgraciado, o ceder a la pasión que torturaba mi cuerpo y espíritu?

Nuestra «honorable sociedad» considera lo primero como un simple pecadillo, mientras tiembla de horror ante lo segundo; y, estando como está nuestra honorable sociedad compuesta de hombres virtuosos, sin duda estos hombres virtuosos y honorables deben tener razón.

Qué razones particulares los hacen pensar de este modo, es algo que ciertamente no sé.

En mi estado de sobreexcitación, la vida se hacía intolerable, y yo no podía soportarla ya por más tiempo. Una mañana de aquellas, volví a casa fatigado, hostigado por una noche sin sueño, y con la sangre abrasándome por los nervios y el alcohol que había bebido. Tomé, nada más al llegar, un baño frío, me vestí de nuevo y llamé a la muchacha a mi habitación.

Viendo mi aire atribulado, la palidez de mi cara y mis ojos rodeados de grandes ojeras, ella me preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor?

—Sí, no me encuentro bien.

–¿Dónde ha pasado usted la noche?

–¿Dónde? –repetí yo.

–Sí, usted no volvió ayer por la noche.

Una risa nerviosa fue mi única respuesta. Tenía la certidumbre de que una naturaleza como la suya tenía que ser dominada de un solo golpe, más que asediada gradualmente; yo la tomé, pues, en mis brazos y la besé en la boca. Ella intentó escaparse, más como un pájaro sin defensa que bate las alas que como un gato que enseñas las uñas.

Se enroscaba, apoyando sus senos contra mi pecho, sus piernas contra las mías; y yo la apretaba cada vez más, apoyando mis labios de fuego sobre los suyos, y respirando su aliento suave y fresco.

Eran aquellos los primeros besos que recibía en la boca (como más tarde me confesaría), y la sensación que le produjeron la sacudió como una descarga eléctrica.

La cabeza le daba vueltas, sus ojos se le nublaban de debilidad, pero, cuando quise introducir mi lengua entre sus dientes, su pudor se rebeló, y empezó a resistirse y a negarse a consentir tal cosa. Le parecía –me dijo– como si le introdujeran un trozo de hierro ardiendo en la boca, y creía estar cometiendo un crimen abominable.

–No, no –gritaba–, me ahoga usted. Me mata, ¡déjeme! No puedo respirar. ¡Déjeme o pido auxilio!

Yo hice oídos sordos a estas quejas y pronto mi lengua entera penetró en su boca. La tomé entonces entre mis brazos, ligera como una pluma, y la tendí en la cama. El pajarillo que agitaba las alas dejó de ser una tórtola indefensa, para convertirse en un halcón, que lanzaba picotazos al aire, debatiéndose con todas sus fuerza, arañándose, mordiéndome, amenazándome con arrancarme los ojos, cubriéndome de puñetazos.

Nada excita tanto al placer como la batalla. Una corta lucha acompañada de sonoros golpes y algunos cachetes ponen a cualquier hombre en erección, del mismo modo que, más que ningún otro afrodisíaco, actúa mejor sobre un viejo agostado que una buena flagelación.

La lucha produjo, pues, su efecto tanto en ella como sobre mí; pero, tan pronto la hube colocado de espaldas sobre el lecho, cuando, dejándose caer sobre el suelo, se me escapó de las manos como una anguila, y de un salto de cabra llegó hasta la puerta. Yo, sin embargo, había tenido la precaución de dejarla cerrada con llave.

La lucha dio de nuevo comienzo; era preciso que fuera mía. De haber cedido cobardemente, sin duda la habría dejado marchar; pero la resistencia la

hacía deseable.

Mis brazos la estrecharon; nuestros cuerpos quedaron estrechamente apretados, ella se retorció y suspiraba. Yo introduje una de mis piernas entre las suyas, sus senos palpitaban bajo mi pecho, y ella no cesaba de propinarme golpes, cada uno de los cuales atizaba aún más mi fuego.

Me había quitado ya la chaqueta. Los botones de mi chaleco y de mi camisa estaban desabrochados, el cuello de la camisa desgarrado, y ésta hecha pedazos, mientras mis brazos sangraban por varias partes. En cuanto a ella, sus ojos despedían llamas, como los de un lince, y sus labios expresaban su concupiscencia; parecía ahora luchar, no para defender su virginidad, sino por el placer de luchar.

Mientras oprimía mis labios contra los suyos, sentí su cuerpo temblar, y una vez, la punta de su lengua penetró ligeramente en mi boca, mostrándose con esto tan llena de placer como una ménade en su iniciación.

Yo la deseaba y, sin embargo, experimentaba la tristeza de tener que sacrificarla en el altar de Venus.

Tomándola entre mis brazos, la transporté de nuevo hacia el lecho.

¡Qué hermosa me pareció entonces! Los bucles de sus cabellos, desatados durante la lucha, se derramaban sobre la almohada. Sus ojos vivos y negros, rodeados de cortas pero espesas pestañas, brillaban con un fuego casi fosforescente, su cara estaba llena de manchas de mi sangre, y sus labios temblorosos hubieran hecho vibrar con vida nueva el pene flácido de cualquier monsignore caduco.

Yo la mantuve durante un momento debajo de mí, limitándome a admirarla. La fijeza de mis miradas la molestó, la irritó, e intentó escapar de nuevo.

Los corchetes y broches de su vestido habían saltado casi todos, y a través de las desgarraduras podía yo ver su carne deliciosa, bruñida por los días de cosecha pasados bajo el sol ardiente, y una parte de sus redondos senos –y bien sabe usted que estos entrevistos furtivos son más excitante que las frías exhibiciones de carnes de los bailes, los teatros y los burdeles.

Acabé de desgarrar todos los obstáculos. Con una mano empecé a registrarle su pecho, intentando deslizar la otra por debajo de su vestido; pero sus enaguas estaban tan estrechamente apelmazadas entre sus piernas, y éstas, tan fuertemente cerradas, que no había modo de llegar al objetivo.

Después de un buen número de gritos ahogados, parecidos a los de un pájaro, después de muchos esfuerzos y muchos desgarrones, de muchas mordeduras y muchos arañazos, mi mano alcanzó por fin a tocar sus rodillas y

pudo ascender por sus piernas.

A pesar de su apariencia frágil, sus carnes tenían la firmeza y la redondez de las de un acróbata. Había logrado llegar al fin a la entrepierna, y posar mis dedos sobre el bosque de pelusa que corona el monte de Venus.

Empecé a frotar la parte superior de la hendidura; ella pidió gracias; los labios se abrieron. Yo intenté introducir el dedo.

–Me hace daño; me está arañando ahí –gritó ella.

Finalmente sus piernas perdieron rigidez, y pude levantar las faldas; ella protestó, haciéndose un más de lágrimas, lágrimas de miedo, de vergüenza, de despecho.

Retire entonces el dedo, y al hacerlo, me di cuenta de que se hallaba también mojado por las lágrimas, pero unas que nada tenían de amargas.

–¡Ea! –le dije, tomando su cabeza y cubriéndola de besos–, ¡no tengas miedo!

Era para jugar sólo. No tengo intención de hacerte daño. ¡Hala!, levántate. Puedes irte si quieres. No te retendré más contra tu voluntad.

Y, diciendo esto, le pellizqué sus pequeños pezones, no más grandes que una fresa salvaje y con un olor parecido al de ésta, y ella se agitó debajo de mí, exhalando un suspiro.

–No –dijo–. No me iré, estoy en su poder. Haga de mí lo que quiera. No me defenderé más. Sólo recuerde que, si me pierde, me mataré.

Había en sus ojos una tal determinación al proferir esta amenaza, que sentí miedo y resolví dejarla marchar. ¿Podría nunca perdonarme haber sido el causante de su suicidio?

Y, sin embargo, la pobre niña me miraba con sus ojos tan llenos de amor, que era evidente que el fuego de su cuerpo la consumía. ¿No era quizás mi último deber apagar este fuego, y hacerle conocer el éxtasis que sus sentidos deseaban?

–Te juro –le dije– que no te haré ningún mal; no te asustes, sólo quédate tranquila.

Levanté su camisa de tela basta y pude ver entonces la hendidura más pequeña que jamás se haya visto, y dos labios de coral sombreados por un bosquecillo negro, sedoso y suave. Los labios tenía el frescor de esas conchas de color rosado que abundan en las playas de los mares de Oriente.

Los encantos de Leda que empujaron a Júpiter a convertirse en Cisne, o los de Dánae, cuando abrió sus piernas para recibir la ardiente lluvia de oro del

dios olímpico, no pueden haber sido más tentadores que los labios de esta pequeña campesina.

Al entreabrirse, descubrían una pequeña baya, fresca y llena de salud, gota de rocío coloreada de rojo al posarse sobre el capullo de rosa. Mi lengua la oprimió durante un segundo, y la muchacha quedó transportada por un placer que jamás había sentido. Un momento después nos hallábamos uno en brazos del otro.

–¡Oh, Camille! –decía ella–, ¡no sabe cuánto lo amo!

Esperaba sin duda una respuesta mía, pero yo, en lugar de esto, cerré sus labios con un beso.

–Respóndame –volvió a decir–. ¿Me ama usted? ¿Piensa usted amarme un poco?, ¿solamente un poco?

–Sí –respondí yo, débilmente, ya que ni siquiera en tales cosas soy capaz de mentir. Ella me miró durante uno o dos segundos.

–No, usted no me ama.

–¿Por qué no?

– No lo sé. Siento que no le importo más de lo que le importa una brizna de paja. ¿Es así o no?

–Si así lo crees, ¿cómo puedo convencerte de lo contrario?

–No le pido que se case conmigo, ni quiero ser tampoco la entretenida de nadie, pero si usted me amara sólo un poco...

No llegó a acabar la frase.

–¿Entonces... ?

–¿No comprende usted? –dijo ella, escondiendo su cara detrás de mi oreja y apretándose contra mí.

–No.

–Pues bien, si usted me quiere, soy suya.

¿Qué debía yo hacer?

Me repugnaba tomar a una muchacha que se me ofrecía así, sin condiciones, y, sin embargo, ¿no hubiera sido una tontería dejarla marchar sin dar satisfacción a su ardiente deseo y al mío?

–Sobre todo, sabiendo que su amenaza de suicidio no tenía el más mínimo sentido.

–No tanto como usted piensa.

–Bien, termine el capítulo... ¿por qué se decidió al fin?

–Yo? Por detenerme a mitad de camino.

Continuando con mis besos, la acosté sobre su espalda; separé sus pequeños labios y apoyé en ellos la punta de mi pene. Éstos fueron abriéndose poco a poco, entrando primero la mitad de mi glande, y luego la cabeza entera.

Yo empujé suavemente, pero me sentía retenido por todas partes, sobre todo en el interior, donde encontraba un serio obstáculo. Era como cuando, al ir a clavar un clavo, la punta tropieza con una piedra; es inútil martillar en tales casos, el clavo se tuerce y acaba rompiéndose; del mismo modo, al hacer mayor fuerza, la punta de mi instrumento se aplanaba, se estrangulaba. Tuve que hacer un serio esfuerzo para salir del callejón donde me encontraba.

Ella gemía, experimentando sin duda más dolor que placer.

Saqué todo mi aparato y lo intenté de nuevo; pero mi ariete golpeaba en vano la puerta de la fortaleza. Me preguntaba si no sería mejor empujar bruscamente y forzar la entrada con un asalto vigoroso, pero me encontraba exhausto y mi fluido vital acabó por derramarse. La pobre no había llegado a sentir nada, o, en todo caso, muy poco, mientras yo, agotado por mi vagar nocturno, y enervado por el esfuerzo, caía tendido, inerte, a su lado. Durante unos segundos me miró estupefacta, luego, de repente, saltando fuera de la cama con un movimiento felino, se apoderó de la llave que colgaba de mi pantalón, y de un salto se arrojó fuera de la habitación.

Demasiado débil para poder seguirla, caí pocos instantes después en un sueño profundo, el mejor reposo de que hubiera gozado desde hacía tiempo.

Durante unos días gocé de una suave calma, alejado de los conciertos y de todos aquellos lugares donde hubiera podido encontrar a René; comenzaba a pensar que, con el tiempo, acabaría por hacerme indiferente.

Pero era demasiado presumir. Mis esfuerzos por intentar borrarlo de mi pensamiento me impedían lograrlo. Temía tanto no poder lograrlo, que este mismo miedo me lo recordaba constantemente. En cuanto a la muchacha, creo que sentía por mí casi exactamente lo mismo que yo sentía por Teleny. Me evitaba todo el tiempo, encerrándose en el círculo de sus trabajos obligatorios, intentando incluso odiarme, despreciarme; sin conseguir lograrlo.

–¿Odiarlo, por qué?

–Creía sin duda que si había conservado su virginidad era simplemente porque no tenía el más mínimo interés por ella, y que con el placer que de ella había obtenido me bastaba.

Si la hubiera desflorado y amado, me hubiera adorado a causa de la herida que le habría causado.

Y cuando un día le pregunté si no me estaba agradecida por haber conservado su virginidad, me respondió simplemente: «No», y era un «no» tajante, ciertamente.

—Por lo demás —añadió—, usted no hizo nada, porque no podía hacerlo.

—¿Cómo que no podía?

—No.

Y acompañó este «no» de una sonora bofetada. De nuevo la estreché entre mis brazos; luchamos como dos campeones de feria, con tanto ardor, aunque con menos habilidad. Era una pequeña masa de nervios sólidos y musculados, pero pronto comprendió de qué lado estaría la victoria.

Experimenté un verdadero placer al sentir su cuerpo palpar contra el mío, y aunque ella no quería otra cosa que ceder, no fue sino sin trabajo como llegué a pegar mi boca a la suya, y como conseguí arrojarla sobre el lecho e introducir mi cabeza bajo sus faldas. Las mujeres son unas criaturas extrañas, imbuidas de prejuicios absurdos; y esta pequeña rústica, apegada a la naturaleza, consideraba aquel homenaje a sus órganos sexuales como una abominación.

Me llamó cerdo, bestia puerca y otros agradables epítetos. Se retorció, se enroscó intentando escapar a mis brazos, no consiguiendo sino aumentar el placer que yo le procuraba. Finalmente, vencida por el goce, ayudó a hundir más mi cabeza entre sus piernas, apretándome la nuca con sus dos manos con semejante violencia que sólo con grandes esfuerzos fui capaz de retirar mi lengua de su ardiente vagina.

Permanecí, pues, allí, penetrando, succionando, lamiendo aquel pequeño clítoris, hasta que éste pidiera clemencia, probándole así que no era éste un placer a desdenar; sabía por experiencia que éste era el mejor argumento para convencer a una mujer.

Cuando todas las partes internas quedaron bien lubricadas, ayudadas por mi lengua y humedecidas por la acariciadora marea que las inundaba a cada oleada de placer, cuando hubo gustado el placer que cualquier virgen puede procurar a otra sin romper el sello que da fe de su inocencia, la visión de su alborozo, hizo levantar la cabeza de mi instrumento; lo saqué, entonces, triunfante de su prisión, para introducirlo en el antro de la alegría.

Pero de nuevo se vio interrumpido en su avance. Un vigoroso golpe de caderas acabó por procurarme más dolor que placer; la resistencia era tal que mi ariete quedó casi averiado en la acción; las paredes cerradas y firmes acabaron por fin de dilatarse, y mi pistón se encontró de pronto como atrapado en el interior de un conducto estrecho, sin poder, sin embargo, perforar el

himen.

¿Por qué la naturaleza ha cerrado tan locamente la ruta del placer? ¿Sólo para hacer creer al infatuado esposo que es él el pionero de estas regiones inexploradas? ¿Ignora éste que las mujeres sabias muestran gran habilidad a la hora de reparar las cerraduras forzadas? ¿O acaso sirve sólo para hacerlo objeto de un rito religioso y dar a algún padre confesor el placer de recoger esta flor, placer que por mucho tiempo fue patrimonio de la sacerdotisa?

La pobre muchacha sintió como una cuchillada; sin embargo no lanzó ni un grito, ni un lamento, a pesar de ver y llenarse sus ojos de lágrimas.

Un nuevo esfuerzo de caderas, un nuevo embate más, y el velo del templo quedó desgarrado. Pero yo me detuve a tiempo.

–¿Puedo seguir?

–Usted ya me ha perdido –repuso ella con tranquilidad.

–No del todo, aún sigues siendo virgen, sí, virgen, y todo porque no soy un vulgar canalla. Dime sólo si puedo poseerte por completo o no, dime sí o no.

–Si me ama, tómeme; pero, si solamente quiere tener un momento de placer... Después de todo, haga lo que quiera, pero le juro que me mataré si usted me abandona.

–Ésas son cosas que siempre se dicen, pero nunca se hacen.

–Usted verá.

Saqué mi pene del pasaje, pero antes de dejarla levantarse, la cosquilleé suavemente con la punta durante un momento, intentando con este placer suplementario compensarla del daño que acababa de hacerle.

–¿Puedo poseerte o no? –repetí.

–¡Imbécil! –dijo ella, de repente, con un susurro repentino. Y escabulléndose de entre mis brazos saltó hacia la puerta.

–Espera a la próxima, y ya verás quién es el imbécil –le grité; pero ella estaba ya demasiado lejos para poder oírme.

–Hay que reconocer que se comportó usted de una manera un poco tonta. ¿Puedo al menos tomar la revancha en la siguiente ocasión?

–Mi revancha, si así puede llamarse, fue terrible.

Teníamos a nuestro servicio como cochero a un joven de planta, extraño y vigoroso, cuya ternura de corazón había estado hasta entonces orientada hacia los caballos. Se enamoró, sin embargo, perdidamente de esta hermosa muchacha, tan áspera para él como una rama de acebo.

Había intentado demostrárselo honestamente, de todas las maneras posibles. Su pasión y su continencia, combinadas, había llegado incluso a dulcificar en él todo lo que tenía de rústico y brutal; le ofrecía flores, cintas, ramilletes, pero ella rechazaba con desdén todos sus regalos.

Le ofreció incluso casarse con ella de inmediato, llegando hasta a ofrecerle una cabaña y un pedazo de tierra que tenía en su comarca natal.

Sus propuestas recibieron, una tras otra, un rechazo formal por parte de la muchacha, que lo humillaba y lo despreciaba, considerando su amor como un insulto. En los ojos del hombre podía leerse una pasión irresistible, mientras los de ella vagaban por el vacío.

Exasperado por su indiferencia, había intentado tomar por la fuerza lo que por amor le era imposible conseguir; pero ella le había hecho comprender que el bello sexo no siempre es el sexo débil.

Tras esta tentativa violenta, ella comenzó a excitarlo a propósito. Cada vez que se cruzaba con él, la muchacha se mordía el dedo pulgar ante su cara, haciéndolo restallar con un gesto de burla.

La cocinera, que sentía por el fuerte y nervudo mancebo una secreta ternura, y se había dado cuenta de que algo había ocurrido entre la doncella y yo, informó al cochero del asunto, lo que provocó en él un acceso de cólera y de celos.

Vivamente herido, y sin saber ya si le importaba más el odio o el amor, y no importándole tampoco lo que pudiera ocurrir, quiso satisfacer a cualquier precio su pasión. La ternura amorosa dio paso en su corazón a la rabia sexual del macho.

A escondidas –y guiado probablemente por la cocinera– se introdujo una noche en la alcoba de la muchachita, escondiéndose allí entre el biombo y un viejo mueble que en su interior había.

Su intención era permanecer allí oculto hasta que ella se quedara dormida, deslizándose luego en su lecho, para permanecer allí el resto de la noche, por las buenas o por las malas.

Tras un tiempo de espera y ansiedad mortales, porque cada minuto que pasaba le parecía una hora, vio por fin entrar a la dueña de la alcoba, que cuidadosamente cerró la puerta y pasó el pestillo.

¡Qué inmensa alegría! No esperaba, pues, a nadie; estaba por completo a su merced.

Con ayuda de dos agujeros que había abierto en el biombo, pudo observar todo lo que la muchacha hizo antes de acostarse. Lentamente, aquélla se quitó la cofia, ató sus cabellos en un grueso moño, se quitó el vestido, el corsé, las

enaguas y los calzones. Se quedó sólo con el camisón. Luego, se puso una cofia de dormir, y comenzó a hacer sus oraciones de rodillas.

La luna llena inundaba la habitación con su luz pálida, acariciando con sus rayos los brazos desnudos de la muchacha, sus hombros redondos, sus pequeños senos puntiagudos, y envolviéndola a todo ella en un nimbo opalino, que le proporcionaba el delicado lustre y la suavidad del ámbar; el resto de su cuerpo se perdía entre los amplios pliegues del camisón.

Inmóvil, y casi aterrorizado de su propia audacia, contemplaba el cochero estos detalles, reteniendo con grandes esfuerzos la respiración anhelante, hasta casi ahogarse, y atravesando con la vista cuanto veía por las mirillas del biombo, con todas sus facultades concentradas en el sentido de la vista.

Terminadas sus oraciones, la joven hizo la señal de la cruz y se levantó. Al subir a la cama, un poco alta, mostró al cochero la graciosa finura de sus muslos, sus pequeñas nalgas redondeadas, y, al ir a inclinarse hacia delante, antes de darse la vuelta, aquél pudo ver por un instante la umbrosa juntura de los muslos.

El cochero, a la vista de esto, no se paró ya en más detalles: de un salto felino se arrojó sobre ella. Y antes de que ella hubiera logrado lanzar un grito, ya la había él tomando entre sus brazos.

—¡Déjame, déjame! —gritó—, o pido socorro.

—Grita cuanto quieras, preciosa, que nadie vendrá a ayudarte antes de que yo te posea, porque juro por la Virgen Santísima que no saldré de aquí hasta que no te haya disfrutado. Y ya que ese maricón te usa para darse gusto, lo voy a hacer yo también. Después de todo, más te hubiera valido ser la mujer de un pobre honrado que la puta de un rico. Y tú bien sabes que te he ofrecido en serio ser mi esposa.

Y, mientras decía esto, la aferraba con una mano, con la fuerza de un cepo, intentando con la otra hacerle volver la cabeza para besarla en la boca; al no conseguirlo, la colocó debajo de sí, y, sujetándole la nuca, comenzó a palparle entre las piernas; empuñó su pubis con su ruda mano, se introdujo entre sus piernas separadas y empujó su instrumento entre los labios apenas entreabiertos.

A pesar de su hinchazón, después de mis dos tentativas, el enorme pene del gañán logró deslizarse en su interior, consiguiendo alojar su cabeza en el primer tramo de la vagina, donde, como un pesado tamiz sacudido por el viento, desparramó su semen, apenas hubo tocado el clítoris, inundando a la muchacha por completo. Vientre y muslos quedaron cubiertos de este cálido riego, a cuyo contacto la joven tembló y se retorció, como alcanzada por un líquido corrosivo.

Cuanto ella más se resistía, mayor era el placer del bruto, que expresaba su éxtasis con sus roncosp suspiros, y no perdía vigor ni dureza, cada vez más excitado por las contorsiones de su víctima. Metiendo entonces su enorme mano entre las piernas de ésta, la levantó sobre el lecho, dejándole las piernas en el aire.

Apretó luego su glande carnoso contra los labios recién bañados por su semen, y éstos, lubricados por la inundación viscosa, se abrieron sin apenas esfuerzo. En ningún momento se le pasó a él por la cabeza darle a su presa el más mínimo placer; era la furia salvaje y brutal del macho que toma posesión de la hembra, y que antes se hubiera dejado matar que soltarla. Se apoyó contra ella con la pesadez de un toro, y, con un golpe de cadera, hizo avanzar el glande hacia el interior de la vagina, hasta topar con la membrana vaginal, que aún se hallaba intacta, por más que dilatada. Al sentir aquel obstáculo, el cochero experimentó un momento de loca alegría.

—¡Eres mía —dijo, cubriéndola de besos—, mía para siempre, hasta la muerte!

¡Mía para siempre jamás!

Ella debió comparar sin duda en este momento su salvaje alegría con la fría indiferencia que yo le había mostrado, y sin embargo sintió ganas de gritar; él le cerró la boca con la mano. Ella se la mordió, pero él no se dio por enterado, y sin preocuparse por el daño que le hacía y que aún habría de hacerle, la apretó con todas sus fuerzas, y con una violenta sacudida, superior a todas las anteriores, le atravesó la membrana, hundiendo su columna priápica hasta lo más profundo de la vagina, hasta hacerla desaparecer entera.

Ella exhaló un grito agudo, penetrante, un grito de dolor y de angustia, que vibrando en el silencio de la noche, pudo escucharse en toda la casa. Sin preocuparse por las consecuencias de su acto, ni por los ruidos que empezaban a escucharse en las habitaciones vecinas, e indiferente, asimismo, a la sangre que empezaba a correr por los labios vaginales de la niña, hundía una y otra vez, ebrio de éxtasis, su lanza, hasta el fondo de la herida que acababa de abrir, mezclando sus grulidos de placer con los lamentos de su víctima

Cuando hubo terminado, extrajo de la vaina donde había estado alojada su arma flácida; la joven había quedado al fin libre, pero quedó tendida en la cama sin conocimiento.

Yo entraba precisamente en mi casa en el momento mismo de escucharse el grito, y aunque me hallaba bien lejos de pensar en la pobre muchachita, reconocí de inmediato su voz. Subí a grandes zancadas las escaleras y llegué hasta el último piso, donde me encontré con la cocinera pálida y temblorosa en el pasillo.

–¿Dónde está Catherine?

–En su habitación... creo...

–¿De quién era el grito, pues?

–Yo... yo... no podría decirle. Tal vez de ella.

–¿Y por qué no ha ido usted en su ayuda?

–La puerta está cerrada por dentro –respondió ella asustada.

Me arrojé corriendo sobre la puerta, y la sacudí con todas mis fuerzas.

–¡Catherine, abre! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? Al oír mi voz, ella volvió a la vida.

Dando un violento empujón, conseguí hacer saltar la cerradura, y la puerta se abrió. Me faltó tiempo para ver a Catherine con el camisón desgarrado y cubierta de sangre.

Había logrado ponerse en pie. Desmelenada, con los ojos despidiendo un extraño fuego y la cara contraída por el dolor, la vergüenza y la locura, era la imagen viva de Casandra después de ser violada por los soldados de Áyax.

De pie ante la ventana, sus miradas iban y venían de su cama a mi cara, con una expresión de repugnancia y desprecio.

¡Ahora sabía lo que eran los hombres y lo que valía su amor!

Con un movimiento brusco, corrió hacia la ventana y la abrió. Yo me arrojé a sujetarla, pero más rápida que yo, y sin que diera tiempo a nadie de impedirselo, saltó al vacío. Yo logré atrapar una punta de su camisón, que se desgarró por el peso, no quedando en mi mano sino un jirón de tela.

Se oyó luego un ruido sordo, un grito, unos leves gemidos, y después nada... más que el silencio. La pobre muchacha había mantenido su palabra.

Capítulo VI

Durante algunos días, el horrible suicidio de la pobre Catherine absorbió por completo mis pensamientos, provocando en mí una considerable suma de preocupaciones y molestias.

La confesión que me hizo el cochero de todos los detalles de lo ocurrido me llenaba de horror, y me preguntaba si no me incumbía a mí una parte de responsabilidad en este acto de desesperación. Hice, pues, todo lo posible para que la encuesta del fiscal no llegara a acusar al principal culpable.

Por otro lado, si bien yo no había llegado a enamorarme de aquella muchacha, había al menos hecho todo lo posible por estarlo, y su muerte me conturbaba.

Mis negocios se hubieran ciertamente resentido de mi estado de ánimo, de no ser por mi principal empleado, que era en realidad mucho más patrón mío que yo suyo, y que viendo el quebranto que padecían mis nervios, me persuadió de que realizara una corta gira de negocios por el extranjero, que de no efectuarla yo, tendría que ser de incumbencia suya.

Todo este cúmulo de circunstancias consiguió apartar mis pensamientos de Teleny, que hasta entonces los había acaparado por completo. Creía con esto haber logrado olvidar por completo a Teleny, y me felicitaba por haber logrado dominar una pasión que tan miserable me hacía a mis propios ojos.

A mi vuelta, no solamente rehuía su presencia, sino que evitaba incluso leer cuanto en los periódicos hacía referencia a él, y cuando veía su nombre colocado en algún cartel, apartaba la vista, a pesar de la atracción que su nombre ejercía en mí. Hasta tal punto temía caer de nuevo bajo su diabólica influencia. Pero me preguntaba si sería capaz de evitarlo para siempre. ¿Acaso el más fútil acontecimiento podía hacer que nos encontráramos de nuevo cara a cara? ¿Y entonces... ?

Cuando esta aprensión comenzaba a rondarme la cabeza, intentaba persuadirme de que su imperio sobre mí había concluido; y para afianzarme en esta convicción, decidí saludarlo la primera vez que volviera a encontrarlo. Por lo demás, alimentaba yo la esperanza de que pronto acabaría abandonando la ciudad, al menos momentáneamente, si no para siempre.

Pero poco después de mi vuelta, y estando yo con mi madre en un palco del teatro, de repente la puerta se abrió, y en el umbral apareció Teleny.

Al verlo un color se me fue y otro se me vino, mis rodillas comenzaron a temblar, y mi corazón a latir con fuerza; sentí que todos mis buenos propósitos de poco antes se esfumaban de repente. Disgustado conmigo mismo, al constatar mi debilidad, tomé rápidamente mi sombrero y, casi sin saludar al artista, me precipité como un loco fuera del palco, dejando a mi madre el cuidado de disculparse por mi extraña conducta. Pero, apenas me hallé fuera, sentí que una fuerza irresistible me empujaba a volver y pedir disculpas. De lo que sólo la vergüenza logró salvarme.

Al volver al palco, mi madre, asombrada y mortificada, me preguntó la causa de mi brutal manera de comportarme hacia un artista de tanto talento, a quien todo el mundo festejaba y halagaba.

—Hace apenas dos meses, si mal no recuerdo —dijo—, no había para ti pianista en el mundo que pudiera comparársele, y ahora, porque toda la prensa

se ha vuelto contra él, ¿ya no te parece digno ni de un saludo?

–¿Que la prensa está contra él? –pregunté sorprendido.

–¡Cómo! ¿No has leído las críticas que se vienen publicando últimamente sobre él?

–No, tengo más cosas que hacer que ocuparme de los pianistas.

–Pues bien, parece que últimamente no se muestra muy dentro de sus cabales.

Varias veces, después de haber aparecido su nombre en los carteles, dejó de presentarse. Esto ha causado un efecto deplorable, y tanto más cuanto que, en sus últimos conciertos, ejecutó sus partituras de un modo pesado, lánguido, muy distante de la brillantez de su primer estilo.

Mientras mi madre hablaba, sentía como si una mano me oprimiera el corazón, y tuve que hacer un esfuerzo para parecer tan indiferente como pude.

–Lo siento por él –dije con displicencia–, pero supongo que las damas lo consolarán de las críticas adversas y sabrán castigar sus dardos.

Mi madre se encogió de hombros. Estaba muy lejos de poder adivinar mis pensamientos secretos y saber hasta qué punto deploraba yo mi modo de actuar hacia aquel Adonis a quien... –inútil era ya disimularlo por más tiempo y seguir mintiendo– amaba más que nunca.

Al día siguiente me procuré todos los periódicos que mencionaban su nombre, y reconocí –quizás sea fatuidad por mi parte pensarlo–, pude reconocer, digo, que desde el mismo día que había dejado de asistir a sus conciertos, había estado ejecutando de modo tan lamentable que los críticos, benévolo al principio, terminaron por cansarse, coaligándose contra él, para intentar conducirlo a apreciar más justamente a su público y a sí mismo.

Ocho días más tarde, aproximadamente, fui a escucharlo. Y me sorprendí al comprobar el cambio operado en él en tan poco tiempo. No solamente parecía preocupado y abatido, sino que se mostraba pálido, demacrado, enfermizo. En cuestión de pocas semanas, había envejecido varios años. Pude constatar en él las mismas alteraciones que mi madre había notado en mí a la vuelta de mi viaje, y que ella atribuía a mis nervios quebrantados.

Algunas personas intentaron saludar a su entrada con leves aplausos; un sordo murmullo de desaprobación y dos o tres silbidos cortaron de raíz esta tímida ovación. Indiferente tanto a los aplausos como a los murmullos, se sentó con un aire de profundo cansancio, como si se hallara afectado de fiebre; pero, como luego haría observar uno de los críticos presentes, pronto el fuego sagrado del arte pareció llamear en sus pupilas; rebuscó ansiosamente entre el auditorio, me descubrió y envió hacia el sitio donde yo estaba una mirada

cargada de gratitud y de amor.

Se puso entonces a tocar, no como quien intenta quitarse de encima una tarea enojosa, sino como quien arroja e sí el peso de su alma. Se música sonaba similar al trino de pájaro que, buscando a su compañera, emite las más bellas notas de amor dispuesto a vencer o a morir.

Inútil es decir que me hallaba subyugado, mientras el auditorio entero tremolaba de emoción, bajo la dulce tristeza de sus acordes.

Cuando hubo terminado la pieza, me arrojé hacia el vestíbulo esperando encontrarlo. Durante su ejecución, una lucha violenta se había desarrollado en mi interior, entre el corazón y el cerebro. Pero ¿para qué luchar contra una pasión indomable? La fría razón quedó así vencida por los instintos. Por lo demás, ¿qué tenía yo que reprocharle? ¿No estaba acaso dispuesto a perdonarle todo lo que yo había sufrido por su causa?

Al penetrar en el vestíbulo lleno de gente, no vi de inmediato a otro más que a él. Un sentimiento de delicia me embargó a su vista, y mi corazón saltó de alegría. Pero pronto mi contento dio paso a la cólera y el odio: acababa de descubrir al joven Bryancourt, colgado de su brazo y llenándolo de elogios por el éxito obtenido. Nuestras miradas se encontraron de repente, la suya llena de vanagloria, la mía cargada de un desdén insultante.

Tan pronto Teleny se dio cuenta de mi presencia, se desenganchó de Bryancourt y vino hacia mí, con las manos tendidas. Como si no me diera por enterado de su gesto, le dirigí el saludo más frío y rígido de que fui capaz y le volví la espalda. Oí un murmullo de asombro extenderse entre las personas presentes y, al alejarme, pude ver con el rabillo del ojo su profundo sonrojo, mientras su mirada se cargaba de una intensa expresión de orgullo herido. Se contuvo, sin embargo, y se inclinó, como diciendo:

«Hágase tu voluntad», y volvió con Bryancourt, que mostraba una expresión exultante.

–No se preocupe más de ese individuo, querido –dijo Bryancourt, en tono lo bastante alto como para que yo pudiese oírlo–. No es más que un grosero, un vulgar tendero, un vanidoso parvenu...

–No –replicó Teleny, con un tono distante–. En el fondo soy yo quien está equivocado y no él.

¿Podía tal vez adivinar de qué modo sangraba mi corazón al abandonar el vestíbulo? A cada uno de mis pasos, deseaba desandar el camino, arrojarme a su cuello y pedirle públicamente perdón.

Dudé un momento: ¿debía volver o no a tenderle la mana? ¡Ea! ¿Acaso no cedemos siempre a los impulsos de nuestro corazón? ¿No nos vemos a

menudo guiados por una conciencia reticente, por un cerebro confuso, imbuido de falsos cálculos?

Esperé en la calle, acechando la salida de Teleny, resuelto, si iba solo, a acercarme a él y excusarme por mi insolencia.

Lo vi aparecer. Iba con Bryancourt...

Mis celos se encendieron de nuevo, giré sobre mis talones y me fui. Esta vez habíamos terminado definitivamente. No quería verlo más; al día siguiente, si fuera preciso, tomaría el primer tren para cualquier parte, hasta el fin del mundo si hacía falta.

Mi nuevo estado de ánimo, sin embargo, duró bien poco, mi rabia se apaciguó, y el amor y la curiosidad me aconsejaron quedarme. Así lo hice. Empecé entonces a buscarlos con la mirada y ya no los vi; me dirigí entonces hacia casa de Teleny.

Según iba caminando registraba con la mirada cada una de las calles vecinas. ¡Ni rastro de ellos! Habían desaparecido. Ahora que los había perdido de vista, mi deseo de reencontrar Teleny aumentaba. Tal vez había ido a casa de Bryancourt. Y eché a correr en esa dirección.

De pronto, creí ver a lo lejos sus siluetas. Me lancé en esa dirección como un loco; levantándome el cuello del abrigo, y calándome el sombrero hasta las orejas, empecé a seguirlos por la acera opuesta.

No me equivocaba; ¡eran ellos! ¿Hacia dónde iban en aquella dirección y por aquellos parajes solitarios?

Para no llamar su atención, me detenía de tanto en tanto, disminuía la marcha, aceleraba luego el paso. En varias ocasiones pude observar que sus rostros se aproximaban, y Bryancourt rodeaba a Teleny por la cintura con su brazo. ¿Qué era la amargura del amante fiel comparada con lo que yo entonces experimentaba?

Un solo consuelo me quedaba en medio de mis desgracias: Teleny cedía, según pude constatar, a las solicitudes de Bryancourt, pero no las buscaba.

Llegaron al extremo del muelle, tan molesto y bullicioso durante el día y entonces, de noche, tan tranquilo y solitario. Ambos parecían buscar a alguien; se volvían a todas partes, escrutando las caras de los escasos viandantes que por allí transcurrían, observando a los individuos sentados en los bancos paralelos al pretil.

Como más tarde pude saber, había ido a dar, en seguimiento suyo, a uno de esos lugares apartados de la ciudad que toda capital posee: rincones desiertos, parques solitarios, lugares de reunión de pederastas que la policía conoce y tolera... Yo experimentaba hacia los individuos allí estacionados, y que me

solicitaban al pasar, una profunda repugnancia. Y, sin embargo, yo mismo me moría de deseo por un hombre que me hacía tan poco caso como el que yo prestaba a aquellos sodomitas.

Absorbido por mi idea fija, no veía más que a Teleny y a su acompañante. Pronto me di cuenta de que no estaban solos; otros dos individuos se les habían juntado: un suboficial del ejército colonial, de uniforme, un mancebo fuerte y apuesto, un árabe adolescente de tez oscura.

El soldado charlaba animadamente, y, según pude averiguar por algunas palabras cazadas al vuelo, el tema era harto interesante.

Yo, en tanto, con los hombros encogidos, hundida la cabeza en el cuello del abrigo, me había colocado además el pañuelo sobre la cara, para mayor seguridad. A pesar de estas precauciones, Teleny pareció haberme reconocido, aunque yo caminase simulando no verlo. Me alejé del grupo y comencé a caminar al azar. Era muy tarde, y no sabía dónde me encontraba. No tenía, sin embargo, necesidad de atravesar el río para ir a mi casa. ¿Qué fue, pues, lo que me impulsó a atravesarlo? No lo sé, pero de pronto me encontré en mitad del puente, mirando por encima de la balaustrada el espacio vacío que se extendía ante mí.

El Támesis corta en dos la ciudad, como un amplio camino. A cada lado de él, se distinguían fantasmalmente entre la bruma las moles sombrías de los edificios: las cúpulas recubiertas de hollín, las torres oscuras, y las gigantescas y vaporosas agujas de piedra apuntaban al cielo hasta perderse en medio de la niebla.

Por debajo de mí veía circular en remolinos las aguas frías del río, que corrían hacia el mar entre oleadas de espuma, chocando contra los pilares del puente y produciendo un sordo eco bajo las arcadas, que proyectaban negras sombras sobre el centellear de las ondas.

En medio de estas sombras agitadas y mágicas, creía distinguir una miríada de espíritus enloquecidos que se desplazaban por todas partes, deslizándose como anguilas, guiñándome el ojo, encogiéndose y girando sobre sí mismos, invitándome a gustar el reposo de las sombras del Leteo.

Tenían razón. Era el reposo, el verdadero reposo, el que aquellas aguas tumultuosas me ofrecían en su seno.

¡Cuán profundas parecían aquellas aguas! Veladas por la bruma tenían el profundo atractivo del abismo. ¿Por qué no podía buscar en ella el único bálsamo del olvido que podía calmar mi cerebro enfermo y refrescar el fuego que devoraba mi pecho?

Sí. ¿Por qué no?

Acaso el Todopoderoso había pronunciado alguna vez el anatema contra la destrucción de sí mismo?

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

«Con su terrible diestra», decían las viejas Biblias, hablando de su golpe teatral sobre el Sinaí. Pero ¿quién lo había oído?

Y si verdaderamente era así, ¿por qué enviar a los humanos tentaciones que estaban por encima de sus fuerzas?

¿Qué padre empujaría a su hijo bienamado a desobedecerle por el simple placer de castigarlo luego?

¿Desfloraría acaso un padre a su propia hija, no por concupiscencia, sino por el placer de desflorarla luego? Si había un tal hombre y un tal padre, ¿era otro acaso que la imagen misma de ese ridículo e inconsciente Jehová?

No, la vida no vale la pena vivirla, si no es agradable. Y para mí se había convertido en una carga... La pasión que había creído ahogar y que no hacía más que incubarse, había estallado con un furor nuevo, y tomaba posesión plena de mi ser. Sólo el crimen podía hacerla fracasar. En mi caso el suicidio no sólo estaba permitido, sino que era un acto loable, casi heroico.

¿Qué dice el Evangelio? «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo».

Semejantes pensamientos daban vueltas en mi cerebro, como un nido de serpientes. Ante mí, y en medio de la niebla, Teleny, semejante a un ángel de las Tinieblas, parecía contemplarme apaciblemente con sus ojos profundos, tristes y pensativos; por debajo mío, las aguas emitían en su correr un canto de sirena, y aquel canto me atraía.

Sentí que mi cerebro se nublaba. Y perdí toda conciencia. Maldije entonces a nuestro soberbio mundo, al que la imbecilidad del hombre ha convertido en un verdadero infierno. Maldije a nuestra sociedad de ideas estrechas y oscuras, donde sólo prosperan los hipócritas y los mentirosos. Y maldije a nuestra religión, tan limitada como corrompida, llena de estúpidos vetos sobre cada uno de los placeres de los sentidos. Ya empezaba yo a escalar el parapeto, decidido a buscar el olvido en las lodosas aguas de aquella Estigia, cuando dos brazos, estrechándome, me impidieron caer al vacío.

–Camille, amor mío, ¿estás loco? –dijo una voz ahogada y jadeante.

¿Soñaba? ¿Era Teleny, acaso? ¿Un ángel guardián o un demonio tentador? ¿Me había vuelto loco?

No, no estaba loco, ni deliraba. Era el mismo Teleny, en carne y hueso; yo lo sentía apretarme entre sus brazos. Volvía a la vida después de una horrible pesadilla.

La tensión de mis nervios y el completo abatimiento que a ella siguió, unidos a su estrecho abrazo, me dieron la impresión de que nuestros cuerpos, amalgamados, se habían fundido en uno solo.

Experimentaba una extraña sensación. Y, mientras mis manos recorrían nerviosas su cara, su cuello, sus hombros, sus brazos, no era a él a quien sentía, sino mi propio cuerpo. Nuestras frentes ardientes se apretaban una contra otra, y las pulsaciones de sus venas palpitantes parecían chocar contra mis propias venas.

Sin apenas darnos cuenta, nuestras bocas se encontraron de repente unidas en un deseo de fusión mutuo. No fueron besos lo que intercambiamos, sino el soplo ardiente que nos embargaba.

Permanecí durante un momento sumido en una especie de anulamiento, sintiendo que mis fuerzas me abandonaban, y conservando tan sólo el mínimo de conciencia para darme cuenta de que aún estaba vivo. De pronto, un choque nervioso me atravesó de la cabeza a los pies; la sangre empezó a fluirme de nuevo del corazón al cerebro; mis nervios se tensaron, los oídos me tintinearón, y sentí como si centenares de agujas me penetraran en la carne. Nuestras bocas, por un instante separadas, volvieron a juntarse con ardiente concupiscencia. Nuestros labios, estrechamente apretados, se frotaban con un ardor tal que la sangre comenzó a aflorar, mezclándose su líquido rojo con nuestra saliva, como el vino que se derramaba en los himeneos antiguos, para celebrar el matrimonio, no de dos cuerpos unidos por la puerilidad de un vino emblemático, sino mediante el jugo mismo de la vida.

Permanecemos así un largo rato, hundidos en un delirio extático, y saboreando cada uno de nuestros besos con un placer cada vez más intenso.

¡Verdadera quintaesencia del amor eran aquellos besos! Lo mejor de nosotros, la parte esencial del ser de cada uno, ascendía hasta nuestros labios como los vapores de una embriagadora ambrosía.

Sólo en muy raras ocasiones, cuando no nunca, llega a experimentarse este tipo de éxtasis. Yo me sentía exhausto, vencido, aniquilado. Todo me daba vueltas y sentía temblar la tierra bajo mis pies. No tenía ya fuerzas para sostenerme en pie. Me sentía desvanecerme- ¿Iba pues a morir? ¡Oh, la muerte entonces debe ser el momento más feliz de nuestra vida, porque no era posible sentir dos veces una embriaguez semejante... !

¿Cuánto tiempo permanecí así? No podría decirlo. Todo lo que sé es que volví en mí totalmente aturdido, al escuchar el chirrido de las aguas bajo mis pies. Poco a poco, fui recobrando la memoria. Me vi en brazos de Teleny, e intenté desprenderme de su abrazo.

-¡Déjeme! ¡Oh... déjeme! ¿Por qué no me ha dejado morir? El mundo me

resulta odioso ¿Por qué debo arrastrar una vida que me repugna?

–¿La vida le repugna? ¿Y por qué?

Y con un tono suave y lento, comenzó a murmurar palabras mágicas en una lengua desconocida, palabras que fueron para mi alma como un bálsamo. Luego añadió:

–La naturaleza nos ha hecho el uno para el otro. ¿Por qué oponerse a ella? No puedo encontrar la felicidad sino en su amor, no es sólo mi corazón sino mi alma misma la que le anhela.

Haciendo un esfuerzo con mi ser entero, lo rechacé y reculé unos pasos.

–¡No, no! –dije–. ¡No me tiente más allá de mis fuerzas! ¡Déjeme mejor morir!

–¡Sea! Pero muramos juntos, la muerte, al menos, no nos separará. Estaremos al fin unidos el uno para el otro en un mundo distinto, como la Francesca del Dante a su amante Paulo.

Y desenrollando la faja de seda que le ceñía la cintura, dijo:

–Atémonos juntos y hundámonos en el río.

Yo lo miré tembloroso. ¡Tan joven y hermoso, y yo iba a asesinarlo! La imagen de Antinoo, tal como yo la había contemplado el día de nuestro primer encuentro, surgió de nuevo ante mí.

Había anudado ya su faja a su cintura e iba ahora a hacer lo mismo con la mía.

–Acérquese –dijo.

¿Tenía yo derecho a aceptar semejante sacrificio? Le respondí:

–No, tenemos que vivir.

–¿Vivir? ... ¿y entonces... ?

Permaneció por un momento silencioso, esperando mi respuesta a una pregunta que no se atrevía a formular por entero. Comprendiendo su muda interrogación, le tendí las manos.

Y, como si temiera verme escapar, me apretó con toda la fuerza de su indomable deseo.

–Le amo –murmuró–, le amo locamente. No puedo vivir más tiempo sin usted.

–Ni yo tampoco –respondí yo–. Vanamente he luchado contra mi pasión, pero ahora cedo, y no tímidamente, sino con un ardor, contento de ceder. Soy

tuyo, Teleny. Feliz de ser tuyo, tuyo para siempre. Un grito ronco surgió de su pecho; sus pupilas chispearon; su deseo se convirtió en rabia; era el de una fiera de presa que atrapa a su víctima, el del macho solitario que encuentra al fin su hembra. Era más aún: era un alma que iba al encuentro de su alma gemela, en un impulso ardiente de los sentidos, en una embriaguez loca del cerebro.

¿Podría llamarse lujuria al fuego inextinguible que nos consumía? Ambos parecíamos animales hambrientos que encontraban al fin pasto abundante, y mientras nos abrazábamos con una avidez cada vez más grande, mis dedos acariciaban sus rizos y la piel suave de su nuca. Nuestras piernas quedaron trenzadas, y su pene en erección comenzó a frotarse contra el mío, tan duro y erecto como el suyo. Estrechamente pegados uno a otro, uniendo nuestros cuerpos en el más estrecho contacto, jadeantes y sacudidos por violentos espasmos, mordiéndonos y cubriéndonos de besos, debíamos parecer, en mitad del puente, y en medio de la niebla, dos condenados sumidos en el tormento eterno.

El paso del tiempo se había detenido, y creo que hubiéramos continuado así hasta agotarnos, hasta perder la razón, presas de este deseo insensato, deslizándonos por la pendiente de la locura, de no haber puesto fin a esto un fútil incidente.

Un viejo coche de alquiler, fatigado por la dura jornada, marchaba lentamente de retirada, con el cochero adormilado en el pescante. La esquelética yegua, con la cabeza casi metida entre las rodillas, dormitaba igualmente, mecida por el lento ronroneo de las ruedas de caucho al girar sobre los adoquines.

–Vamos a mi casa –dijo Teleny con voz nerviosa y baja–. Vamos a mi casa... acostémonos juntos –añadió con un tono suplicante y amoroso. Por toda respuesta, yo apreté su mano.

–¿De verdad aceptas?

–Sí –murmuré yo, con una voz tan débil como un suspiro.

Él detuvo de inmediato el coche, despertando no sin esfuerzo al cochero, que tardó aún un rato en comprender lo que se le pedía.

Al subir al vehículo, mi primer pensamiento fue que en pocos minutos Teleny sería al fin mío, y aquel pensamiento me hizo estremecer de la cabeza a los pies, como recorrido por una corriente eléctrica.

No podía creer aún la dicha que se me daba, y mis labios tuvieron que pronunciar estas palabras:

«Teleny va a ser mío», para poder creerlo. Él pareció comprender, porque

tomando mi cabeza entre sus manos, me cubrió de besos.

Luego, como asaltado por un remordimiento, me preguntó:

–¿De verdad no estás arrepentido?

–¿Por qué habría de arrepentirme?

–¿Y no serás mío, sólo mío?

–Jamás he sido ni seré de ningún otro.

–Di que me amarás siempre.

–¿Siempre?

–Que éste sea nuestro juramento y nuestro acto de eterna posesión –añadió él.

Y allí mismo, rodeándome con sus brazos, me apretó contra su pecho. Yo lo abracé igualmente y, a la luz de las linternas del coche, vi lucir en sus ojos el fuego de la locura. Sus labios resecos por la sed de un deseo por tanto tiempo contenido, se alargaron hacia los míos con una expresión sufriente, y empezamos a succionarnos uno al otro, en un beso más ardiente, si cabe, que el primero.

¡Oh!, el recuerdo de aquel beso aún me quema los labios.

Un beso es algo más que el primer contacto carnal de dos cuerpos: es la exhalación de dos almas.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es